

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

MIÉRCOLES, 10 DE JULIO DE 1861.

NÚM. 13.

SUMARIO.

Crónica general.—España y el tráfico de negros, por G. de A.—Observaciones acerca de los ferro-carriles proyectados en la provincia de Cáceres, y en particular de la línea del Norte al Sur.—Lord Byron, por Ricardo Molina.—Los Campesinos.—Los Encantamientos, por M. Vazquez Taboada.—Revista de Madrid.

CRÓNICA GENERAL.

I.

La insurrección de Loja ha terminado. La bandera enarbolada por el albeitar Perez, no ha hallado, como era de esperar que sucediese, eco en el país. Los que en los primeros momentos se le unieron no tardaron en conocer que habían sido engañados y pronto la dispersión vino á dejar aislado al jefe del movimiento. Los agentes del albeitar habían hecho creer á aquellos infelices que había llegado el momento de que dejaran de ser pobres, que se iban á repartir entre todos los pobres los tesoros y los bienes de los ricos, y creyéndolos en su ignorancia se lanzaron á una rebelión, cuyo verdadero objeto les era completamente desconocido. Pueblos enteros abandonaron los trabajos de la recolección para dirigirse en masa sobre Loja. Una vez allí comprendieron que no se trataba de realizar sus esperanzas; que se los había convertido en instrumentos de un plan cuyo desenlace había de ser para ellos completamente indiferente, y el albeitar no pudo contenerlos y resistir, como al parecer pretendía encerrado en aquella población, á que los sucesos que sin duda aguardaba secundasen sus proyectos.

Loja fué evacuada por los rebeldes á los seis días de ocuparla, no porque se hallase cercada por las tropas como anunciaron los periódicos del gobierno, sino porque el albeitar creyó oportuno evacuarla y juzgó que estaría mas seguro en los montes que en una población.

Parecerá verdaderamente extraño que una banda de 300 hombres, como dijo la *Gaceta* que era la de Perez, pudiera apoderarse de una población de la importancia de Loja, situada á las inmediaciones de una capital como Granada, en la cual había bastantes fuer-

zas del ejército, y en medio de un país en el que habiéndose hecho descubrimientos de conspiraciones se habían aglomerado crecido número de tropas.

Tal vez tendrá esto su explicación en lo que después han asegurado los órganos del gobierno, de que no eran 300 sino 6 ú 8,000 hombres los satélites del albeitar.

Pero aun así es cosa que no se concibe que el gobierno dejase tomar esas proporciones á la insurrección, no tuviese en seis días tiempo suficiente para acercar á Loja tropas bastantes, y que dejara á los del albeitar abandonar pacíficamente la ciudad objeto de sus fechorías y esparcirse por los campos para que continuasen sus desmanes.

Triste idea dá esto así de la inteligencia como de la fuerza de un gobierno; pero la dá menos aun el saberse que sin ser molestados por nadie se han ido volviendo á sus hogares los insurrectos, que tan solo una veintena de ellos han caído en poder de las tropas y que siguen aun unidos al albeitar algunos centenares de ellos con la mayor tranquilidad.

Se ha hablado con variedad acerca de los propósitos del gobierno para el castigo de los insurrectos. Han creído unos que iba á usarse de la mayor benignidad; dan por sentado otros que quiere hacer un ejemplar verdadero. Si la represión hubiera sido tal como debía, enérgica, estaría en su punto ese propósito de ejemplaridad; pero cuando no ha sido así, cuando los insurrectos se juntaron, se encerraron en Loja, la evacuaron y se dispersaron sin que nadie los obligase á ello, sin que las tropas los derrotasen ni aun vieses, esa severidad produciría un malísimo efecto. Tomaría todos los caracteres de la venganza, del ensañamiento contra el débil á quien no se pudo vencer cuando era fuerte.

El ejemplar debía haberlo buscado el gobierno en la represión, en que tan luego como estalló la insurrección hubieran caído sobre los rebeldes fuerzas numerosas que les hubieran hecho sentir todo el peso de la fuerza del Estado, á cuya tranquilidad atentaban, y que los hubieran anonadado en pocas horas. Esto hubiera ocasionado el verdadero escarmiento; pero buscarlo después en los cadalsos, no nos parece procedente.

Mejor idea de la fuerza del gobierno y de la nación hubieran dado las tropas que los tribunales, la sangre vertida en el campo de batalla, que los patibulos elevados en las plazas públicas. Ya que lo primero no se hizo, debiera renunciarse á lo segundo. La idea de unos infelices que mas han pecado por ignorancia que por malicia, la causa de la humanidad, la considera-

cion de que los rebeldes no han ocasionado bajas en las tropas, todo contribuye á que suceda la clemencia á la extincion de la revuelta.

En medio de cuanto se ha dicho acerca de los móviles de la insurreccion, resulta que su carácter ha sido mas que democrático socialista, y que parece ser una ramificacion del vasto plan fraguado en Andalucía, y cuyos primeros cabos se descubrieron en Comares y Villanueva del Trabuco. Las causas que en estos pueblos se formaron hicieron que resultaran complicados algunos de los jefes del movimiento de Loja, y por temor de verlo fracasar lo impulsaron, tal vez con la esperanza de que se animaran los demás iniciados y que siguieran su ejemplo.

En algunos otros puntos de Andalucía ha habido temores de que se altere el orden. La agitacion se ha hecho extensiva, en sentir de algunos, hasta Madrid. Desde hace dias se ha venido hablando de trastornos y hasta algunos periódicos han llamado sobre los rumores que acerca de ello circulaban, la atencion del gobierno.

A los temores de que se altere la tranquilidad pública, se atribuye que el duque de Tetuan haya desistido de su propósito de acompañar á la corte á Santander. Se asegura que tan solo irán los ministros de Estado y Fomento.

Se ha continuado hablando de la entrevista de S. M. con el emperador de los franceses; pero parece que al fin y al cabo no se realizará. Los diarios ministeriales aseguran que no ha habido fundamento alguno para los rumores que han circulado acerca de esa misma entrevista; que no se ha pensado en semejante cosa y que ni por parte del gobierno español ni por la del emperador de los franceses se ha hecho indicacion alguna en el asunto. Los opositores lo han negado; han sostenido que algo hay; que se han dado pasos; que esos pasos han sido por parte del emperador de los franceses, pero del modo indirecto que semejantes insinuaciones debieran haberse hecho.

Pero sea de ello lo que quiera, el resultado es que todas las negociaciones, si es que las ha habido, han fracasado, y que la entrevista no tiene trazas de verificarse por ahora.

Se continúa creyendo en la inminencia de la crisis ministerial. Parece que los ministros de Hacienda y de Fomento no han quedado en muy buena armonía desde que se resolvió la cuestion del ferro-carril de Cartajena.

II.

Pocas son las noticias que hoy podemos comunicar á nuestros lectores, ó por mejor decir ninguna de verdadera importancia porque la política parece entregada al reposo, y nada extraño es, si se considera que el calor hace ahora viajar á muchos de los hombres que manejan los destinos de las naciones Europeas. Nos equivocariámos sin embargo, si quisiéramos ver en esta calma momentánea otra cosa que una especie de tregua. Las mismas causas que dejamos apuntadas en nuestro último artículo existen todavía, las mismas

pasiones se agitan, las mismas cuestiones se hallan aún por resolver y aún quizá haya surgido ó esté próxima á surgir alguna que venga á ocasionar nuevas complicaciones.

El Emperador de los franceses se ha ausentado de la capital de su Reino, todos los grandes dignatarios le han seguido, y esta es una de las causas de la especie de letargo en que momentáneamente yácea la política, pues no puede á nadie ocultarse que en la actualidad Napoleon III, es por decirlo así el que tiene en su mano el hilo de los acontecimientos.

Mr. de Thouvenel se ha ausentado tambien por un mes. No obstante, el cielo no está por todas partes sereno. Dirijámos la vista hácia Vichy, y veremos al antiguo Presidente de la República francesa, que cubierto hoy con el manto imperial se halla allí rodeado de gran número de diplomáticos. El interés de la política francesa está pues en los baños de Vichy. El viaje del general Fleury encargado de ir á Turín para notificar al Rey Victor Manuel el reconocimiento del nuevo reino de Italia, se ha retardado por algunos dias. Creemos que las conferencias de Vichy no sean estrañas á esta decision. Quizá se quiere que el embajador extraordinario de Napoleon III, anuncie al mismo tiempo en Turín, el actual pensamiento del Gobierno francés respecto á la cuestion Romana, pues como decíamos en nuestro último número, ésta se halla aun en pié sin que ninguno de los dos Gabinetes haya dado á entender de una manera oficial, cuál es su pensamiento ulterior.

Al otro lado del canal de la Mancha, hallamos la misma aparente tranquilidad ó mayor aún si se quiere, porque las Cámaras inglesas despues de la incursion que hicieron en los asuntos de Polonia, han vuelto de nuevo á ocuparse de la Saboya. Parece que tienen empeño en emplear sesiones y mas sesiones discutiendo cuestiones inútiles, ó interpelaciones estériles. El Gobierno, que al parecer está decidido á no intervenir en nada, ha contestado á Sir Roberto Peel y á Mr. Kinglake, que la Suiza misma es la que debe afirmar su independencia. Por su parte el periódico el *Times*, que no está obligado á guardar ninguna reserva parlamentaria, declara á las Cámara de los Comunes, que nada tiene que ver en el asunto, y no la perdona esta pérdida de tiempo ocupado en discutir y votar proposiciones que ningun resultado práctico pueden tener. Nada importante, pues, encontramos en Inglaterra.

Si pasamos á Italia, veremos tambien que la situacion no ha cambiado aún. Segun correspondencias de Turín, el Gabinete presidido por Mr. Ricasoli, piensa abandonar todas las resoluciones tomadas precedentemente sobre la cuestion romana. Cuando la muerte vino á sorprender al Conde de Cavour, privándole de asistir al aniversario de la regeneracion de la Italia, estaba casi acordado entre este ministro y el Gabinete de las Tullerías, que los franceses evacuarían á Roma, para dejar al Papa, abandonado á sí mismo. Pero como ésta combinacion produciría indudablemente una revolucion interior que obligaría al Santo Padre á salir de Roma, Mr. Ricasoli la ha desechado decidida-

mente. La cuestion se resolverá, como dijo el primer ministro en su discurso último, decidiendo al sucesor de San Pedro á renunciar voluntariamente al poder temporal.

De Nápoles nos dicen que habiendo Mr. de San Martino agotado todos los medios de conciliacion que dictaba la humanidad para estirpar á los bandidos y restablecer la tranquilidad y el sosiego en el antiguo reino de las dos Sicilias, hoy provincia Italiana, ha dictado las mas enérgicas medidas á fin de concluir de una vez con los salteadores de caminos. Al efecto ha nombrado comandante de la Tierra de labor y de la *Capitanata* al general Pinelli, que si no recordamos mal, fué el que mandando en los Abruzos publicó una orden del dia que el ministro de la guerra se vió en la necesidad de desaprobare, por ver demasiado severa. Hoy sin embargo, parece que este nombramiento ha sido muy bien acogido en el país, pues todos se hallan convencidos de que para estirpar los bandoleros se necesita un hombre enérgico y severo como el citado general.

El Gobierno de Victor Manuel no se descuida y refuerza el ejército de las líneas del Mincio.

En Viena, á propósito de la devolucion del mensaje de la Dieta de Pesth, ha habido algunas demostraciones en las dos Cámaras del Consejo del Imperio, que vivamente sentidas en Hungría, han producido honda sensacion. El conflicto que solo existia entre la Corte imperial y la Dieta, amaza convertirse, por esta causa en una lucha que envolverá á las dos grandes porciones del Imperio. La opinion pública desaprueba en Viena mismo, estas manifestaciones irritantes, tanto más cuanto que la cuestion ha sido promovida por el partido reaccionario, al cual se atribuye el plan de querer conducir á adoptar medidas extremas, á fin de envolver y enterrar bajo las ruinas de la antigua constitucion húngara, los débiles principios de la joven constitucion austriaca. El dia 4 en la sesion de la Cámara de los diputados hubo enérgicas reclamaciones. El Conde Potocki, dirigió vivas reconvenciones al Presidente por haber ahogado el debate precipitando la votacion bajo pretexto de lealtad, y protestó altamente sobre esta conducta inconveniente. Otro diputado, monsieur Wierez, dijo que la Asamblea no tenia derechos ni debia haberse mezclado en una cuestion que tocaba directamente á los derechos de la Corona. Y basándose en este argumento se estendió, hasta llegar á manifestar que el voto de la Cámara habia sido tanto mas inconveniente é inoportuno cuanto que habia venido á envenenar la cuestion en el momento en que el rescripto imperial la templaba, con la notable moderacion que habia empleado al devolver el mensaje húngaro.

De modo que nada puede aun augurarse de los hechos. Parece que la Dieta está dispuesta á modificar el mensaje y en el país no se nota animosidad contra el Austria, porque la moderacion de la respuesta de aquel Gobierno no ha podido en manera alguna exasperar los ánimos. Sin embargo, á creer los últimos despachos telegráficos, que tenemos por seguros, en Comoru, pueblo de Hungría, se ha descubierto una vasta

conspiracion que ha dado por primer resultado la prision de mas de doscientos soldados.

Los armamentos continúan, y parece que el Emperador no se halla dispuesto á dejar que Italia se posesione pacíficamente del Véneto.

Siguen liberalizándose los pueblos en que hasta ahora ha imperado el despotismo, y la reaccion huye apresuradamente ante la antorcha de la libertad, que seguida en masa por todos los pueblos, viene á alumbrar la tenebrosa oscuridad que rodeaba á las naciones hasta ahora sometidas al férreo yugo del despotismo. Prusia abandona la senda retrógrada que hasta ahora habia seguido, y toma la marcha liberal que reclama la civilizacion, y piden á voz en grito las naciones. Entre las cuestiones que últimamente han ocupado al Gabinete prusiano, figuran en primera línea las que tratan de la responsabilidad ministerial y de la reorganizacion de la Cámara de los señores. Estos asuntos han dado lugar á grandes discusiones, que despues de variadas peripecias y alternativas han conducido por fin á un acuerdo entre las dos partes que promovieron el debate. Segun las resoluciones adoptadas, Mr. de Persultti, debe someter á la Cámara un proyecto de ley relativo á la responsabilidad de los ministros, y parece que á la Cámara de los señores la evitarán ulteriores dificultades no haciendo la nueva promocion de pares que se habia pensado, y no empleando contra ella medidas de rigor.

Entretanto el rey se dispone á hacerse coronar solemnemente en Koenigsberg. Esto nos trae á la memoria un hecho histórico no muy lejano aún, y nos hace ver que Guillermo I se coronará como primer Rey constitucional en la misma ciudad en que Federico I, se hizo coronar como primer rey absoluto.

Parece que una vez coronado; piensa visitar la Francia y presenciar despues las maniobras militares del Campamento de Chalons. Así al menos se nos anuncia por el telégrafo.

Turquía tambien parece que empieza á entrar en la vía del progreso. Segun cartas de Constantinopla, el nuevo Sultan ha mandado vender los diamantes y piedras preciosas y fundir todo el metal de las joyas del serrallo para pagar las deudas de su hermano, y no queriendo seguir el sistema que aquel venia observando, ha disuelto por completo el serrallo, quedando con su sola mujer como es uso y costumbre en los pueblos donde no se considera como un mueble de lujo á las descendientes de Eva. Seraskier Riza y el primer Chambelan han sido presos; el primero con objeto de hacerle rendir cuentas y el segundo por sospechas de malversacion. Se han disminuido los gastos y el personal de la Corte y Abdul Azis, inspecciona por si mismo los principales establecimientos repitiendo que es preciso imitar la perfeccion europea. Parece que esto hace aumentar las simpatias del pueblo. Así lo dice el telégrafo.

Ecos nosotros, no há muchos dias, de las encontradas opiniones y versiones diversas que se hicieron al advenimiento del nuevo principe al vacilante trono de Turquía, no quisimos aventurarnos formando cálculos sobre bases tan contradictorias. Ahora que, en vista

de las primeras medidas que ha adoptado, y de sus promesas, se echan á volar tantos y tantos vaticinios, ya podemos permitirnos dar á conocer nuestro modo de pensar. Podremos equivocarnos; pero creemos tener de nuestra parte á las personas sensatas que, desprovistas de toda pasion, juzgan las cuestiones con la sangre fria necesaria para poderlas apreciar, mirándolas bajo su verdadero punto de vista. No nos gusta ser profetas de desgracia; pero si echamos una ojeada retrospectiva sobre el imperio turco, tenemos necesariamente que llegar á una conclusion poco satisfactoria. ¿Cuál era la posicion de aquel país, hace algunas semanas, á la muerte de Abdul-Medjid? La insurreccion invadia la Bosnia y la Herzegovina, y si se habia en cierto modo calmado el temor de ver renovarse los asesinatos de Siria, la memoria de aquella horrible carniceria se hallaba aun viva, el antagonismo de raza subsistia, las ruinas no habian sido restauradas. Los Principados Danubianos obedecian á la fuerza irresistible que los conduce á la union, y la Puerta se veia obligada á consentir por este lado lo que no le era dable impedir. La Sérbia manifestaba sus tendencias de separacion.

En fin, entre los turcos reinaba una fermentacion general que amenazaba con hacer estallar sobre toda la superficie del imperio, esa San Bartolomé musulmana, cuyos episodios precursores han sido los sucesos de Djiddah y de Siria. Y si á esto añadimos la desorganizacion de la hacienda y de la administracion, veremos que para remediar á todos estos elementos de destruccion, para impedir la disolucion que hace tiempo viene anunciándose del imperio de Mahoma, no basta la voluntad de un gobierno, cuyo obstáculo principal es tener que luchar con fanáticos, los cuales le acusarán hasta de las mismas medidas liberales que adopte en beneficio del pueblo. La Europa seria pues muy imprudente, si dejase de velar como hasta aquí sobre los intereses de los cristianos de Oriente. Ahora mas que nunca tienen derecho á su auxilio y proteccion, ahora mas que nunca debe ocupar esta cuestion el pensamiento de los diplomáticos y hombres de Estado, á fin de hallar los medios de resolverla y atenuar sus consecuencias.

Rusia continúa ocupándose de sus asuntos interiores y dando, al parecer, algun respiro á la desgraciada Polonia, á la que ha acordado una especie de ley electoral.

La guerra que desde hace cuatro meses vienen haciéndose el Norte y el Sur de la antigua union americana, no ha tenido hasta ahora mas que resultados estériles, y por consecuencia ruinosos para las dos partes beligerantes; ofreciendo esta rareza, y es que se ven en ella desastres sin daño y victorias sin provecho. Los separatistas se han retirado, pero los unionistas no avanzan. Hasta ahora no se han batido mas que de lejos y por casualidad. Los que han querido sorprender á sus adversarios han sido casi siempre sorprendidos ellos mismos. Esto se explica considerando que la mayor parte de los generales á quienes está encomendado el mando de las tropas, mas bien que militares, son hombres científicos, que mas entienden de

leyes y de economia política que de táctica y estrategia. Y si á esto añadimos la indisciplina y poca instruccion de las tropas, no estrañará tanto el ver los hasta ahora mezquinos resultados de una campaña que se anunció al principio con tanta altanería, al menos por parte de los del Sur.

Sin embargo, hoy ya parece que la cuestion toma otro aspecto mas sério. Los últimos partes del telégrafo dan como cierto que las tropas de la confederacion del Sur amenazan atacar formalmente á Wahsington, cuya ciudad se dispone á defender el general Scott, el mejor de los militares que tiene el Norte, y el cual cuenta con mas de cuarenta y cinco mil hombres para rechazar el ataque de los separatistas.

Las últimas correspondencias que recibimos de Cochinchina, alcanzan al 14 de mayo, época en la cual empezaban á tocarse en Saigon los ventajosos efectos de la toma de Mytho. De todos los puntos del país acudian diputaciones al cuartel general de los europeos llevando la sumision de los pueblos. La actitud de los indigenas denotaba un vivo deseo de permanecer tranquilos y en paz con el cuerpo expedicionario.

El vice-almirante Charner, ha aceptado la sumision del virey de Cambodge. Este conserva sus bienes, y á su hijo se le dará un grado en el cuerpo indigena que se está formando. Se esperan grandes resultados de la cooperacion de estas tropas annamitas que estarán bien cuidadas y pagadas.

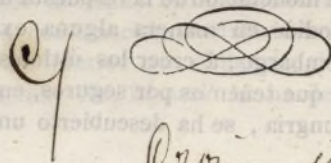
Las últimas noticias de Hué eran tristes. el emperador habia decretado pena de muerte para todos los que hubiesen tenido contacto con los franceses; dando orden al mismo tiempo de cortar la cabeza del general que mandaba el ala derecha de su ejército en el combate de Ki-Hoa. Al saber esta noticia el general en jefe del mismo ejército que iba á entrar en Hué, se abrió el vientre y murió á presencia de las tropas.

La feroz conducta del emperador Tu-Due, producirá sin duda alguna un efecto contrario al que él se promete, y los pueblos para huir de su sanguinario soberano se acojerán á la proteccion de los franceses, cuya humanidad no se desmiente.

Algo quisiéramos decir tambien de las Repúblicas de América, aun cuando el salto geográfico sea demasiado grande, pero la falta de espacio nos impide dar las noticias detalladas que de aquella parte del mundo nos llegan.

El Brasil avanza por la senda del progreso, y el gobierno ha dado en la Cámara satisfactorias explicaciones sobre las cuestiones política y económica, ofreciendo que no se verificaria un nuevo empréstito.

No es cierto, segun se nos manifiesta, que haya estallado la guerra entre la República argentina y Buenos-Aires, como anunciaba un periódico inglés. Sin embargo, no habia mejorado aun la situacion de aquellos países.

 Cronica extranjera.

ESPAÑA Y EL TRAFICO DE NEGROS.

Repetidas veces ha sido objeto de los debates parlamentarios y de las controversias periodísticas la cuestion del tráfico de esclavos en las Islas de Cuba y Puerto Rico, y de los medios que para reprimirla deben emplearse ya que radicalmente no sea dable acabar con ella, como de consuno lo demandan solemnes estipulaciones diplomáticas y los fueros mismos de la humanidad y de la civilizacion. Hoy perturba hondamente y ha llegado á romper la unidad de una gran nacion vecina á nuestras provincias ultramarinas, la lucha entre abolicionistas y esclavistas; nada mas natural de consiguiente que el dedicar algunas líneas á esta cuestion, en lo que se relaciona y afecta al porvenir de una de las mas preciadas joyas de la corona de Castilla.

Conocidas son de todos las dificultades que detienen el desarrollo de la primera de nuestras Antillas: la raza blanca no puede dedicarse al cultivo de los campos en la Isla de Cuba, porque la caña de azúcar, que es uno de los productos mas importantes, exige faenas tan complicadas y penosas, que requieren para ser soportadas una naturaleza enérgica y vigorosa. Pero como la produccion agricola es la primera de la Isla; y asi como la que mayores utilidades reporta y la vista de la grande estension de terrenos que aun permanecen incultos, escita el deseo natural de cultivarlos, surge de aqui la necesidad de procurárselos á cualquier costa, con tanto mas motivo, cuanto que los capitales abundan en el pais, como es de todos sabido. La extension superficial de la Isla no baja de treinta y cuatro mil millas cuadradas, mientras que el terreno realmente cultivado, no llega á la mitad; y como los productos que aquella preciosa Antilla exporta anualmente, pasan de dos mil millones, con facilidad se comprenderá cuántos esfuerzos han de hacerse por aumentar el trabajo esclavo y qué alicientes no ha de ofrecer al tráfico esa necesidad de brazos, con cuyo auxilio podrian cultivarse diez y siete mil millas cuadradas próximamente. Sobran en la Isla de Cuba capitales; sobra jénio mercantil y espíritu de especulacion; esperiméntase únicamente la falta de brazos, falta imperiosísima por lo mismo que este elemento de trabajo acostumbra á sobrar en algunos paises de Europa.

Y cuando se reflexiona que en esa extensa costa de Africa que tenemos vecina, viven razas numerosísimas consumiéndose estérilmente en el ejercicio de la guerra, que esas razas ofrecen un número considerable de esclavos de que á veces se han deshecho inhumanamente por medio del asesinato los capitanes de los buques negreros, que se veían en la imposibilidad de enagenarlos por la persecucion de los cruceros ingleses, se comprenderá con facilidad que las grandes ganancias que este tráfico proporciona han de escitar poderosamente el espíritu de especulacion y granjeria. La Isla de Cuba ofrece una estension de seiscientas millas de costa con numerosos abrigos; y reuniendo á esto la falta de brazos y el estímulo de una gran ga-

nancia, no es de extrañar que los buques negreros hagan muchas veces ilusoria la vigilancia de las autoridades de Cuba. La trata, por otra parte, se hace las mas veces al abrigo de la bandera americana, bandera que Inglaterra, por razones que son fáciles de comprender, no ha dejado nunca de respetar.

Pero por mas que el tráfico de esclavos sea una afrenta de la humanidad y de la civilizacion, que todos los gobiernos españoles han procurado extinguir, en cumplimiento de los pactos con la Gran Bretaña, y de sus propios deberes, las consideraciones que anteriormente van expuestas, demuestran la razon por que no se ha llegado á conseguir por completo ese resultado. ¡Pero qué mucho, si la misma Inglaterra, con sus medios marítimos y costosísimos cruceros, no puede li-sonjearse de haber obtenido mejor éxito! Esto demuestra una verdad que no ha podido ocultarse á los hombres que de buena fé vienen examinando cuestiones de tanta importancia y trascendencia. En vez de mantener esos costosísimos cruceros, cuya vigilancia elude las mas veces el espíritu de especulacion, debió haberse esforzado esa gran potencia en hacer menos crueles y sangrientas las guerras entre los pueblos de la costa occidental de Africa: la guerra es, como sucede generalmente entre todos los pueblos primitivos, su principal ocupacion, y haciendo la guerra continuán mientras los filantrópicos ingleses declaman contra la inmoralidad del tráfico. Nada mas distante de nuestro ánimo que abogar por la conservacion de esa afrenta de la época en que vivimos, que ni abona la justicia ni exige la conveniencia; pero las horribles matanzas del reino de Dahomey, ponen en el caso de preguntar si es preferible la muerte ó la esclavitud de los prisioneros; alternativa verdaderamente deplorable, ante la cual han enmudecido los estadistas y escritores ingleses. El estado de guerra de los pueblos del continente africano, ofrece de consiguiente una perspectiva bien poco tentadora para los esclavos, á quienes se ofrece la libertad con la condicion de regresar á su patria. Es un hecho constante, y de que podrían alucirse repetidos ejemplos, el de que la mayor parte de los esclavos de la Isla de Cuba que aceptarían la libertad para vivir en ella, la rehusan obstinadamente cuando se les ofrece á trueque de que regresen á su patria. Tan funesto y tan duradero es, aun en aquellas inteligencias limitadas, el recuerdo de las penalidades que en ella esperimentaron y de nuevo les esperarían.

En vista pues, de todas estas consideraciones, fundadas en hechos que nadie podría desmentir, fácil es comprender que Inglaterra hubiera obtenido resultados mas favorables para la causa de la humanidad, si en vez de atacar el mal en su manifestacion esterna, como especulacion ó granjeria de carne humana, lo hubiese cortado de raíz adoptando un buen sistema de colonizacion de la costa occidental del Africa que hoy es principal teatro del tráfico; porque ligando á aquellos infelices al suelo que los vió nacer y estimulándoles al trabajo agricola, desaparecería el estímulo que la especulacion les ofrece de ir á regar con su sudor, á costa de su libertad, territorios estraños.

España sin los poderosísimos elementos marítimos de Inglaterra y perjudicando hasta cierto punto la prosperidad de sus provincias de Ultramar que deben al trabajo esclavo el desarrollo de su agricultura, ha hecho infinitamente mas que el gobierno inglés por concluir con el tráfico. No emplea para eso el gobierno español el costoso é ineficaz remedio de los cruceros, sino que atacando el mal en su origen ha buscado el medio de proporcionar á la agricultura los brazos de que carece, facilitando la inmigración de trabajadores chinos, porque la experiencia ha demostrado que el asiático es el que hasta cierto punto puede suplir el trabajo del negro. La colonización de las Islas de Fernando Póo, Annobou y Corisco facilitará en el porvenir, y atendiendo, como en nuestro concepto debe atenderse á su gradual desenvolvimiento la cultura de aquellas costas.

Colocadas estas Islas en situaciones sumamente ventajosas, nuestras relaciones con la costa vecina contribuirán á hacerles comprender las ventajas de la paz, al mismo tiempo que los buques de nuestra estación naval perseguirán sin tregua ni descanso á los que se dediquen al tráfico.

Basta, pues, con lo dicho para demostrar que el trabajo del negro no puede suplirse con ventaja por el del europeo: que el gobierno español ha hecho tanto ó mas que el inglés para concluir con el tráfico, porque mientras el segundo se atiene á sus cruceros, el primero viene haciendo laudables tentativas para sustituir la inmigración africana en Cuba, con la de chinos libres y para civilizar las Islas de Fernando Póo.

La imposibilidad en que la raza blanca se encuentra de reemplazar el trabajo esclavo ha dado origen á la idea de sustituirle por medio de la colonización de negros libres; pero los funestos resultados que estos han traído á los países donde existen, dan la medida de los peligros que ocasionarían cuando viviesen al lado de los esclavos de su misma raza. Por eso se nos figura que semejante sistema había de ocasionar en la práctica grandes dificultades que producirían naturalmente por parte de los gobiernos una gran severidad.

G. DE A.

LORD BYRON. (1)

II.

Creemos haberlo espresado en nuestro artículo anterior, y en todo caso lo decimos en este; no es nuestro ánimo hacer la crítica completa de todas y cada una de las obras de Byron. Trabajo demasiado árduo para nosotros, no hemos pensado siquiera en emprenderlo, sino en consignar, de la manera desaliñada é imperfecta

(1) Habiendo aparecido el artículo anterior, y otros del mismo autor publicados en esta Revista, y de que no le ha sido posible corregir las pruebas, con erratas tan marcadas como las de poner *químicos* por *químéricos*, *cosechas* por *conchas* y otras de esta clase, esperamos que el buen sentido de nuestros lectores habrá sabido suplir estas faltas.

que podamos, las observaciones que nos han sugerido la lectura de sus obras ó la memoria de los hechos de su vida.

Las obras de lord Byron, sus grandes obras por lo menos, no son varias; pueden reducirse á una. Todas ellas encierran un mismo pensamiento, desenvuelven un mismo tipo. Este tipo, que es el poeta mismo, ó por lo menos lo que el poeta se proponía ser, lo representa en todos los héroes de sus diferentes acciones, así en el Corsario como en Manfredo, en Childe-Harold como en Lara, en Cain como en Sardanápalo mismo; sin que al decir nosotros esto, se crea queremos dar á entender otra cosa sino que la esencia de todos estos personajes es la misma, por mas que estén dotados de ese colorido local de la situación en que los finjen ó la época histórica de que los sacan la imaginación y el buen gusto del poeta.

Byron, providencial ó voluntariamente, tenía una misión que llenar; como todos los grandes hombres tenía que realizar una idea, la cual constituye la trama de su vida y necesariamente la parte esencial de sus escritos. Byron, verdadero poeta, para cumplir su misión, por ser el hombre del genio, tenía que representar á su época, que estereotiparla, si podemos decirlo así, y esto es lo que hace en su existencia, y esto también lo que hace con sus obras. La sociedad impía que no se había ocupado hasta entonces mas que de destruir, al dar el primer paso en el camino de la reconstrucción, se encuentra con las dificultades consiguientes á la necesidad de obrar, cuando hasta entonces no había hecho mas que descargar de vez en cuando un golpe sobre él y dejar que el edificio se arruinase por sí mismo delante de sus plantas; y la sociedad, falta de fé y de perseverancia, se desespera ante la exajeración de las dificultades, porque el destruir le había sido fácil, y no comprendía, ó no quería comprender, que la creación, como atributo de la inteligencia divina, de la cual el hombre no ha alcanzado mas que un destello, es la obra mas difícil: es la obra de la fé, la hija de la constancia, la recompensa del trabajo.

¿Y quién es el personaje constante de las obras de lord Byron? No es seguramente el hombre grande dotado de nobles y generosos sentimientos, cuyo espíritu alimenta la llama del santo fuego de la ciencia, de la fé, del amor, del arte, de los móviles levantados y generosos de la humana actividad; no. El héroe de Byron es siempre D. Juan; pero no el soldado pendenciero y galanteador estudiante del siglo xvii, sino el D. Juan, que valiéndose de una palabra á la moda, ha verificado la evolución correspondiente á los dos siglos transcurridos y en quien el carácter de galanteador constituye el menos significativo de sus accidentes. Es el pecador que se revela, el ángel caído que siente la superioridad del Señor, pero que se vuelve, no obstante, contra ella; el hombre que en vez de combatir contra su miseria, halla mas cómodo maldecirla y fingir una impotente cuanto ridícula lucha contra el destino; lucha cuya apariencia halaga su vanidad, porque tiene por público á un pueblo de necios que cree en la realidad de su existencia y que la aplaude, mientras que el verdadero combate que está llamado á sostener, es un

combate que tiene por escenario la soledad de la conciencia, y en el que, si hay mayor grandeza en la victoria y tiene algún resultado el vencimiento, no existen ruidosos aplausos que embriaguen desde los primeros momentos del combate.

Ved, sino, el carácter constante de todos los héroes de sus obras. Id á buscar la causa real de su desgracia. Ni al Corsario, ni á Childe-Harold, ni á Manfredo se le asigna. No se refiere la série de sucesos por consecuencia de los cuales han venido al estado en que nos los presenta el poeta, y solamente respecto al último se hacen de ellos algunas indicaciones postizas en el plan de la obra. Lo que se encuentra es un hombre devorado por sus deseos, por su ambición, por sus aviesas pasiones; en cuya vida no existen males tangibles, pero que estraviado su espíritu por la mala dirección de sus pensamientos, es desgraciado á fuerza de creerse tal, á fuerza de locura, á fuerza de ambición. Digase nos ahora si este tipo no representa á la sociedad de su tiempo y si este no es el hombre moral de la época en que escribía lord Byron.

Lo es: y por esto la sociedad, comprendiendo que este era su poeta, el hombre que representaba el pensamiento moral de su siglo, le declaró su hijo predilecto, y como poco antes había exaltado su propia razón á los honores de la apoteosis, exaltó entonces en Byron la propia desesperación, la rabia y hasta la misma impotencia de su alma; que el hombre, ese pretendido monarca de la inteligencia, necesita deificar constantemente para tener la seguridad de algo, y cuando carece de Dioses verdaderos que adorar, se prosterna delante de los ídolos del barro mas grosero.

No faltarán, y recordamos á un amigo nuestro, algunas personas que sonrian con desprecio y hasta que supongan que ni hemos leído las obras del poeta inglés, á quien creerán ultrajado al oírnos espresar de esta manera. A estos desgraciados, á quienes domina todavía el espíritu de la escuela representada por Byron, y por eso les llamamos así; á estos les repetiremos que Byron personifica admirablemente su tiempo, y cuando un poeta personifica su tiempo, es porque es el hombre del jénio; el hombre que tiene que vivir de toda la grandeza y de toda la miseria de la humanidad que vive en él y con él, lo mismo de sus virtudes que de sus crímenes, cuya responsabilidad le es requerible colectivamente con sus contemporáneos; porque es el hombre que en otros siglos se ha llamado Homero, el Dante, Voltaire.

Si por otra parte tenía Byron, como hemos manifestado creerlo, una misión providencial que cumplir; si debía enseñar á la humanidad por medio de su misma soberbia, cuál era el verdadero límite de su esfuerzo, para que este conocimiento le sirviese de medida, permitásenos lo absurdo de la frase, para comprender lo incomensurable de la grandeza divina; si por este medio había de llevar á la infatigable actividad humana, reconocida la esterilidad de su lucha con el destino, ó con Dios, como en último término debe decirse, á escoger nuevos senderos de progreso, nuevas vías de trabajo mas proporcionadas á sus fuerzas y mas seguras

de resultado, y de resultado beneficioso; si esto, como nosotros lo creemos, es cierto, dicho se está puesto que Dios no confía nunca sus mandatos á pigmeos, que consideramos á Byron como una figura de proporciones gigantescas, como el primer hombre acaso de su tiempo.

Si descendiéramos á examinar cada una de sus obras, aun sin entrar á ocuparnos de detalles, confirmaríamos la verdad de lo que venimos afirmando. Pero como ya hemos dicho que no entra en nuestro ánimo hacer el juicio de sus obras, sino únicamente consignar las observaciones que sobre ellas nos ocurran, observaciones que serán siempre presididas por el pensamiento de hacer notar la verdad de lo que creemos respecto á la idea que las domina, de aquí es que, ni nos es posible ni nos proponemos tampoco hacer un examen prolijo de cada una de ellas.

El Cielo y la tierra, Cain, Werner, Marino Faliero, Sardanápalo, Los dos Hoscariis, son sus obras dramáticas concluidas. Si estas son realmente obras escénicas, es decir, si tienen las condiciones necesarias para su representación en el teatro, ó si constituyen verdaderos poemas dramáticos, es cuestión en que no hemos de entrar, y la que únicamente iniciamos con el objeto de que plumas mas competentes que la nuestra vengan á dilucidarla, supuesto que el mundo de las letras no tenga ya marcada su opinión en el asunto. El que forma la trama de todas ellas es sobradamente conocido y se ha reproducido tanto en todas las clases de obras del arte, que seria importuno repetirlo. *Sardanápalo*, que es la menos conocida entre nosotros, se ha visto hace poco tiempo presentada en nuestra escena por una célebre poetisa, si bien con el nombre de otro monarca famoso de los tiempos mas antiguos. Conocido, pues, el asunto por todos, dejamos á la consideración de nuestros lectores el hacerse cargo de quién es el personaje que á lo menos en las principales y mas reputadas de estas obras se presenta.

Al ocuparnos de dos poemas, que en rigor no constituyen mas que uno, de *El Corsario* y de *Lara*, en la necesidad de pasar á otros puntos, no ya dejaremos de hacer su juicio, pero ni aun nos permitiremos siquiera el placer de una sola alabanza á su reconocido mérito y nos limitaremos á consignar una observación mas oportuna al tratarse de la primera parte de esta obra que de ninguna otra del poeta. No son ya los desgraciados los héroes con que nos interesa el autor; son los mismos malvados, y no ya los malvados que llegan al crimen por efecto de la lucha de pasiones grandiosas, de sentimientos elevados, y en ocasiones hasta nobles, ó por desgracias de la fortuna que los conduzcan á la perpetración de crímenes que llevan consigo por efecto, á las veces de su misma atrocidad, cierta grandeza satánica, no: son otros criminales de baja estofa, otros malvados sin grandeza verdadera; los corsarios, los bandidos, los ladrones en una palabra, la jente mas baja y abyecta, que nunca en el orden real inspira sentimientos distintos del horror ó del asco, los héroes que han de despertar en nuestro corazón la simpatía. Este jénero, que en la moral pública ha llegado á producir los saludables efectos que á primera vista pueden ma

carse, en el orden literario ha producido entre nosotros el *Diego Corrientes* y *El Corazon de un bandido*.

Nada diremos en confirmacion de nuestro aserto de Childe-Harold, puesto que ya hemos dicho, y el mismo Byron nos lo indica, que Childe-Harold no es otra cosa que la representacion de los diversos periodos por donde ha ido pasando el alma del poeta.

La sombría desesperacion de Manfredo no tiene limites, no puede espresarse, no se ha podido imitar, ni aun se puede acaso concebir, no llevando la amargura que llevaba el poeta dentro de su alma. Manfredo, no porque delinquiró, no habiéndolo hecho, como se indica en la obra, hubiera obrado lo mismo, ó mas bien su delito fué consecuencia necesaria de su carácter: Manfredo, pues, no por su delito, sino porque llevaba su propia alma dentro de si mismo, pasea por todo el universo su desgracia, y por ninguno de los medios á que acude puede encontrarse libre de su mas implacable enemigo, que es su propia existencia revuelta en el orgullo miserable del hijo del hombre. Retrato el mas exacto de cuantos de si mismo ha bosquejado el autor, Manfredo-Byron, el liberal, el demócrata, no se cree formado del mismo barro que el cazador de gamuzas que le salva la vida. Sin embargo, á vueltas de algunos lunares de afectado orgullo ó de algunos rasgos de ridícula superioridad, Manfredo es grande, es la concepcion mas acabada y perfecta del hombre en que la esencia inmortal y el barro miserable se encuentran en lucha. Por sus propias pasiones, por la miseria de su cuerpo, por el orgullo de esa misma materia que no quiere reconocerse idéntica á la del paisano de los Alpes; precisamente por eso su alma es desgraciada, es miserable. Séanos permitido atribuirlo á ella y creer que desligada el alma de semejante envoltura, hubiera sido grande, buena, acaso hubiera sido feliz.

La idea del Manfredo no era nueva, y desde el Heautontimorou menos al Fausto, se ha venido espresando en una série indefinida; pero está presentada de tal modo, con un carácter tan original y tan verdadero, con ese carácter de verdad que solo puede espresar el que siente, que bajo este aspecto la posteridad no ha vacilado en declararla superior á todas las obras de su clase.

Llegamos al D. Juan. Si el mérito de este poema no fuera bastante para que nos ocupásemos de él con el detenimiento, escaso siempre, que nos permite este trabajo, todavía habríamos de hacerlo por razon de lo que en general hemos dicho respecto á las obras del gran poeta. Hemos sentido, con efecto, que el tipo constante de todos sus poemas es uno, que luego no se encuentra en la primera, en la mas importante de sus obras. Creemos poder explicar la causa de esto.

En todas sus obras anteriores habia representado lord Byron al hombre en lucha consigo mismo, con su propia existencia, con la miseria de su sér que no quiere reconocer la supremacia de la Providencia Divina, y que revolviéndose contra ella se desespera; y del que aunque quiera y aun pueda, merced á su jénio, hacerle aparecer grande en la lucha, la verdad es, que siempre se vislumbra, como no podia menos de su-

celar, el anonadamiento y la derrota. D. Juan no es este tipo ciertamente; ¿pero qué es D. Juan entonces? D. Juan no es otra cosa que el hombre antes de llegar al estado en que se encuentra ya en sus otros poemas, la causa de estos, la manera con que el poeta ha querido explicar la razon de ser de su protagonista constante. Por eso D. Juan es la anatomía mas completa de la sociedad hecha con el mas cortante escalpelo, que despues de descarnar la hipocresía, no nos deja ver por todas partes otra cosa que el esqueleto podrido de los vicios y la infamia. El hijo de doña Inés es la piedra de toque donde se va probando la sociedad, y todo lo que en ella se toca resulta falso; únicamente el amor de Haydeé dá algunos reflejos del color del oro. ¿Qué queda despues de la lectura de esta obra? El vacío desgarrador, el mas profundo desconsuelo, lo que Byron se propuso. Despues de D. Juan se comprenden perfectamente á Lara y á Manfredo. Creemos, pues, en vista de esto no haber faltado á la verdad al decir que todas las obras de lord Byron pueden reducirse á una sola de las que, si D. Juan fué en el orden cronológico la última que se escribió, es la primera parte, es el prólogo de la vida del que hemos llamado protagonista constante de los escritos del poeta.

Si por no caber en nuestro objeto y por lo conocido del de todos, no hemos referido el argumento de sus otras obras, mucho menos habíamos de hacerlo con la primera y mas renombrada de ellas. No podemos asegurar si habiendo durado su vida la hubiera continuado, pues ya se habia escudido del limite de doce cantos que nos dice al principio haberse propuesto; aunque mas bien creemos que la terminacion original que le dió, viene á corroborar nuestro aserto de que es como el prólogo que creyó necesario escribir para sus obras anteriores. La idea que le preside acabamos de indicarla, y de su ejecucion seria bastante el decir que Byron es el autor del poema y que esta es la primera en mérito, de las obras de Byron. Casi podemos decir, por tanto, que es perfecta. Con esa facultad indefinible que en el poeta se llama buen gusto, supo romper con los preceptos clásicos, con las llamadas reglas aristotélicas, sin que nunca deje por eso de ser bello, de ser armonioso, de ser grande.

No nos podemos detener mas en este artículo y dejaremos para otro el indicar algunas de las bellezas de detalle que sobresalen mas en sus obras, y algunas otras observaciones que nos ocurran; pero antes de terminar, y como última observacion por hoy, queremos permitirnos la satisfaccion de consignar aquí que Byron, ¡en cuántos pasajes lo revela! poseía un alma tierna. ¿Tuvo en su adolescencia algun amor desgraciado que conservó toda su vida, como parece revelarnos en su corta y magnífica poesia *El sueño*, y fué esta la causa de que se agriase su carácter? Que durase la pasion toda su vida lo dudamos; si podemos creer que por efecto de ella adquiriese su espíritu la predisposicion á ser lo que fué, así como que dejaría en su alma una estela melancólica, tal como la dejan en la vida todos los sentimientos que han conmovido profundamente nuestro corazon, que cuando la bondad de carácter ó

la fé religiosa no nos hacen aceptar la desgracia que han causado y resignarnos á sufrirla, nos conducen fatalmente al hastio, al ódio de la vida y al desprecio de la humanidad.

RICARDO MOLINA.

OBSERVACIONES

Acercá de los ferro-carriles proyectados en la provincia de Cáceres, y en particular de la línea del Norte al Sur.

Ya queda consignado que las 79,882 fanegas de regadío no llegan en el día á 39,000, y esto de mala manera; pero es evidente que con el caudaloso Tajo que atraviesa la provincia en toda su latitud, con el Almonte, Ayuela, Salor, Alagon, Jerte, Tamuja, Eljas, y sobre ciento sesenta afluentes que bañan su accidentado suelo, y con los infinitos manantiales y fuentes que brotan por do quier, consecuencia de la desigualdad del terreno, pueden regarse, no ya solo las 79,000 fanegas sino muchas más; y esto sucederá, y el perfecto método de riegos que trajeron y nos legaron los ilustrados árabes, tornará á realizarse en este fértil país, tan á propósito por su clima, por su sistema orográfico, por la geología de su terreno y por otras muchas causas para estensa variedad de producciones. Conozco no pocas vegas de cabida desde 200 á 4,000 fanegas de tierra, que con obras hidráulicas de moderado costo, pueden regarse de los rios que las bañan, y no obstante su buena calidad hoy solo sirven para cereales, y eso de secano y cada tres años. Así, la falta de pobladores y de medios de esportacion y comunicacion inutiliza y hace infecundos los dones de la providencia.

La mencionada estadística supone en la provincia 3.295,212 olivos. Sin temor de ser desmentido afirmo que pasan de cinco y medio millones, así como que se están efectuando grandes plantíos de este útil árbol, que dentro de breves años aumentarán considerablemente la produccion, y aun habrán de hacerse mas plantíos en gran escala, porque hay inmensos terrenos sumamente aptos para ello, que ahora son improductivos.

Su cosecha actual puede estimarse en año comun por 600 á 700,000 arrobas de aceite, que, segun el ilustrado Sr. Godinez de Paz, puede competir con el de Marsella, y que muchos siglos antes Estrabon llamaba *optimum*. (1) Hoy no se perfecciona su elaboracion hasta el punto de que es susceptible, y al que llegará indudablemente el día en que la demanda y la competencia lo exijan.

A 22,992,118 vides hace la estadística subir las existentes. Aún hay no pocas más; pero poco cuidadas y perdiéndose muchas; con métodos mezquinos y sin esmero en la elaboracion del vino; no sacando de la uva todo el partido que puede sacarse en pasa y para comer en el tiempo, y no sacándose ese partido, ni mejorando

los vinos y la clase de veduño por la razon espresada de carecer de demanda y de fácil salida, y cuenta que muchos de sus terrenos son en extremo aptos para este plantio.

Estrabon, en el lugar citado, pondera su calidad y su abundancia. El vino *Aleántara*, (con cuyo nombre era conocido el de esta villa, de Brozas, Garrovillas, Ceclavin, Zarza y Casar de Cáceres), tenia celebridad en el extranjero en tiempo de Carlos V. Segun documentos auténticos, en el de los reyes D. Felipe II y III, de solo Ceclavin salian anualmente para el consumo exterior sobre doscientas mil cántaras de vino y cuarenta mil arrobas de pasa.

El libro de la *Veeduría real de Aleántara* expresa «que padeciéndose grandes hambres en Inglaterra y otros países del Norte, en 1606 se presentó en Aleántara el factor Pedro de Roda Velez, y acopió de su territorio y estrajo por el rio Tajo en cinco meses 174,000 hanegas de trigo recio, 144,000 toneles de vino de boca, 16,000 cántaras de aceite de oliva, y otros frutos en abundancia; y esto por los buques que detalladamente se citan.

La demanda y la fácil exportacion elevarán los precios de este líquido y del fruto que lo produce, se mejorará el cultivo y la elaboracion, se aumentarán las viñas, que como es sabido, se hace en pocos años, y los vinos de Estremadura competirán con los mejores de España y del extranjero.

La cosecha anual de patatas se hace consistir en 696,263 arrobas. Bien se puede duplicar esta cifra sin miedo de exajeracion, y se aumentará extraordinariamente el producto de este tubérculo, cuando las locomotoras proporcionen su pronta y económica exportacion y eleven su actual efimero valor.

Fija en 68,072 fanegas la recoleccion ánuá de las castañas, y tambien sin riesgo de parecer exajerados debe duplicarse. La fácil estraccion de este fruto y el aumento de precio lo darán á la produccion.

Aparece en la estadística que hay en junto 31,179 naranjos, cidros, limoneros y limos, y únicamente se considera que dán 1.369,300 frutas, ó sea á 44 por árbol. Igualmente procede duplicar el número de árboles existentes y triplicar el producto, que como los anteriores, tendrá aumento, y no escaso, con la fácil esportacion.

Solo se consideran de cosecha anual 2,288 fanegas de maiz. Entiendo que es mayor; pero proporcionada la salida, se aumentará en sumo grado la siembra y la cogida, porque hay terrenos muy aptos, y no impide la de otros frutos á su tiempo.

La recoleccion de judias se reduce á 6,983 fanegas ánuas. Del propio modo, aunque se duplique, no se miente, y esta semilla, aumentado el terreno de riego y teniendo económica exportacion, acrecerá su producto en gran manera.

De garbanzos, dice cogerse cada año 6,166 1/2 fanegas: de higos secos ó pasados 23,145 arrobas: de chicharos, lentejas, piñones, avellanas y nueces 13,941 arrobas á una suma; y de melones y sandías 420,545 arrobas, cálculos muy bajos, pues solo de garbanzos se puede triplicar. Estos frutos, una vez obtenida gran de-

(1) Libro 3.º, pág. 164.

manda, tendrán considerable aumento. También se sembrarán y plantarán otras clases de plantas y de árboles, cuando lo exija el interés y la conveniencia; y porque, repito que el terreno se presta perfectamente á todo.

Como en los ganados no considero que pueda haber aumento, mediante á que ha de destinarse al laboreo una parte de los terrenos que hoy están á pasto, no hago mención de ellos para las premisas que estoy sentando y la consecuencia que debe deducirse: más adelante les llegará su hora. Entonces haré mención de los arbolados de encina, alcornoque y roble, que, aunque ván aumentándose, y reducidos muchos á dominio particular, crecerán sus frutos, si bien por de pronto será en perjuicio de los vecinos pobres; como ese aumento sea con la lentitud adecuada á su naturaleza, poco importa al objeto que me he propuesto.

La variedad de las producciones que llevo ligeramente reseñadas, omitiendo otras muchas importantes, y las cifras que en total arrojan, al paso que prueban la feracidad del país, la bondad de su clima y sus excelentes condiciones, prueban también, que un ferro-carril, oportunamente colocado, tendrá en el porvenir grandes y constantes elementos de vida. En otras provincias que no reúnen tan buenas condiciones, ni presentan porvenir tan seguro, tan palpable, y donde el coste de las vías ha sido mucho más elevado y los trayectos más largos y difíciles, hoy corren los trenes con grandes beneficios de las empresas (1).

Comprendo que podrá objetárseme, que para realizar esas mejoras y tocar ese porvenir se necesitan brazos, muchos brazos más que los que en el día cuenta la provincia. Es cierto, y las obras del ferro-carril dilatarán algo el desarrollo de la agricultura; pero también lo es que podrán acudir brazos el día que la elevación de jornales y la duración del trabajo les garantice la subsistencia. Los portugueses de la frontera y aún los del interior, los gallegos y castellanos viejos, vienen todos los años á las faenas de siembra y recolección; y en épocas normales no vienen, porque no encuentran quien los ocupe. Esto, sin contar que la población del país aumenta de un modo increíble (2).

IV.

Presentemos ahora y desenvolvamos la cuestión de actualidad, es decir, los trasportes probables con que

(1) El que desee más pormenores y más estensos datos acerca de lo que Estremadura fué, lo que es, lo que puede y debe llegar á ser, lea el *Memorial ajustado*, impreso en Madrid por Ibarra en 1771, de orden del Consejo de Castilla, con informes estensos y verdaderamente magníficos de Florida Blanca y Campomanes, y la concienzuda obra del erudito y laborioso D. José de Vin, titulada *Antigüedades de Estremadura*, impresa en 1832; obra que por cierto no ha sido todo lo apreciada que se merece.

(2) La vulgarísima creencia de que Estremadura retrocede en vez de progresar, ha hecho incurrir á los gobiernos en errores verdaderamente groseros. La convocatoria de Cortes de 1853, asignaba á la provincia de Cáceres 241,328 almas: la de 1846 la rebajaba ya á 231,398, y la de 1830 cometió el ridículo absurdo de fijarle 225,015, es decir, la friolera de *setenta y siete mil ciento veinte y una* almas menos de las que arroja el censo de 1837. Ahora bien: si se tiene en cuenta que el último censo formal hecho en España en 1797 asignaba á las provincias de Estremadura (que eran entonces una sola) 428,493 almas, y que en el de 1837 arrojan 707,115, se comprenderá lo que crece la población en este fértil país.

podrá contar la empresa en la actual situación y condiciones del país, trasportes que serán más ó menos, según el trazado que se elija; no olvidando que una parte del porvenir señalado como realizable, tal vez se inicie tan luego como haya seguridad en la construcción de la vía férrea, y progresará y se desarrollará durante la ejecución de las obras, lenta de suyo.

Reseñaré en conjunto los elementos de transporte con que cuenta la provincia de Cáceres, y los artículos de comercio que esporta y consume.

1.º CEREALES Y SEMILLAS. La citada estadística no concede á la provincia más producción anual que 518,276 fanegas de trigo; 217,746 de centeno; 166,116 de cebada; 129,806 de avena; 7,948 de habas; 6,166 y 1½ de garbanzos; 2,238 de maíz; 6,983 de judías, y 13,941 arrobas de chicharos, nueces, etc. Estas sumas, por pequeñas, están muy distantes de la verdad; pues á ser ciertas, y necesitando sus habitantes millón y medio de fanegas de trigo para su consumo normal; sobre 400,000 fanegas de centeno, cebada, habas y avena para sus caballerías y ganados, y otras 400 á 420,000 fanegas de todo grano para la siembra periódica, tendríamos no solo menos de lo necesario para nuestro consumo, sino precisión de importar 1.270,000 fanegas. Aun así, esta importación daría movimiento á la línea; pero semejante hipótesis está en pugna con lo que todos vemos y sabemos; lo está con las 400,000 fanegas que, sin duda y quedándose corto, he dicho se siembran, y á las que en ese caso se les asigna de cosecha anual poco más de dos y media por una, ruinosa é insostenible por tanto para la agricultura; y lo está con otros datos que poseo.

Así, pues, y no pecando de exagerado, elevo la producción á dos millones y medio de fanegas, que de seguro es mayor. Si concediera que había de quedarse en el interior todo lo necesario para el consumo, no pasaba, aún así, el sobrante para la exportación de 200,000 fanegas; pero, por desgracia, esto no sucede, y como ya dije al principio de esta Memoria, sucederá menos cuando la vía férrea surque sus campos. El estado lamentable del labrador hace que tenga que vender sus granos apenas cogidos, y aun antes de recolectarlos. Se monopolizan en pocas manos. Tenemos, pues, dos grandes elementos para el ferro-carril. Exportación de las semillas alimenticias por el cebo de la ganancia, é importación de las mismas por las necesidades del consumo interior.

Además no todos los trece partidos en que se divide la provincia cosechan con igualdad los cereales. Al paso que unos tienen crecido sobrante, á otros les falta mucho para cubrir sus necesidades. Unos tienen escasez de una clase y superabundancia de otras. Esa carencia y esas sobras exigen trasportes y movimiento mercantil.

2.º LEÑAS, CORCHA, CASCA Y MADERAS. Esta provincia, que en otros tiempos fué emporio de los montes, que no hace mucho lo era todavía, es imposible negar que han disminuido en algunas localidades hasta el punto de hacerse sentir la falta de combustible y de maderas.

Pero seamos justos. Esta situación se debe en gran

parte á que mas de la mitad de esos montes pertenecian á los propios ó comunes de los pueblos. Si antes hubieran entrado en el dominio particular las magníficas dehesas que hoy se ven sin un arbusto, conservarían los hermosos arbolados que hace treinta años las poblaban.

La estadística á que voy refiriéndome arroja los siguientes totales: 9.261,088 encinas: 688,088 alcornoques: 22.944,559 robles, rebollos y quejigos: 415,830 castaños: 78,959 álamos, fresnos, pinos, olmos, cipreses, cedros y acacias: y 1.111,660 la mayor parte madroños, y una pequeña de avellanos, higueras, almendros, granados y olivos.

Ya insinué que para formar la estadística, siquiera aproximada, de todo el arbolado referido, se necesitan mucho tiempo y mucho dinero. Los ayuntamientos, en el deber de cumplir lo prevenido por el gobernador, llenaron las casillas á ojo, como vulgarmente se dice; pero con un ojo extraordinariamente parco, que resalta, con particularidad en las encinas, alcornoques, pinos, álamos, castaños y madroños, pues acerca de los demás árboles carezco de datos para hacer fundadas apreciaciones. Sin incurrir en esceso, se puede triplicar el número de aquellos que respectivamente se señala; mas no todos árboles hechos, sino contando las carrascas de cabeza, macheros y árboles nuevos en las demás clases. Todavía el número existente, si bien relativamente limitado en comparacion de los que tuvo, es grande, y lo será más el día en que los actuales apostos y criaderos adquieran su natural desarrollo. Aun así hoy es una inmensa riqueza; y aún así sus productos los darán muy grandes á la vía.

Respecto al combustible, hay localidades que tienen esceso y otras que carecen de él. Las Castillas carecen de él en mas de un punto. El lucro llevará á los trenes ese sobrante de las primeras y conducirá á ambas Castillas lo que quizá haga falta á los habitantes de la provincia de Cáceres.

Acerca de la corcha, no veo en la estadística fijado un número cualquiera de arrobas como producto anual. Solo se mencionan 91 fábricas, sin mas esplicacion, por lo que conceptúo serán para debastar la corcha, cocerla, hacerla planchas, cuadros y tapones. Como ese número de fábricas es no pequeño, y como además de la que para fácil trasporte se reduce á planchas, alguna vá en bruto, el total de arrobas que se esportan es de consideracion; pues en el país no quedan mas que los corchos y cobija para colmenas, y esto de la bornea ó corchiza, algunos carapachos y paneras, y una insignificante porcion para otros usos. No puedo apreciar, sin esponerme á errores, las arrobas á que ascenderá la esportacion.

La casca, como queda en el país, no hago mencion de ella.

No siendo bastante para las necesidades de la provincia la madera que produce, viene alguna de Portugal, y mas de las provincias de Avila y Salamanca; la del reino limítrofe, de castaño; y la de esas provincias, de pino. Abundantes de maderas algunas localidades y escasas otras, se cambia, y la conduccion será tambien un elemento de vida.

Hay puntos en la provincia en que la falta de caminos y lo ágrío del terreno hace que consuman para combustible buenas maderas, y no se utilicen y hasta se desconozcan otras preciosas. De la de encina, tan importante para la labor, para la fabricacion de carruajes y para otros usos, no se ha sacado apenas partido, y hay pueblos en que está carísima por las dificultades del trasporte. El ferro-carril las conducirá y llevará á puntos convenientes dentro y fuera de la provincia.

3.º *Aceite.* La cosecha anual la llevo estimada moderadamente en 600 á 700,000 arrobas, y aun quedando lo necesario para el consumo interior, hay un escedente para la esportacion de 400,000, antes mas que menos. De esta suma casi tres cuartas partes pertenecen á la derecha del Tajo, que la lleva á su mercado natural, Castilla, en cambio de granos, de que escasean los puntos mas productores de aceite, sobre todo la sierra de Gata. Como dejo dicho, de las demás producciones no en todos los partidos hay igualdad, en la que me ocupa, y para establecerla se necesita un movimiento interior considerable. En las circunstancias de hoy, la esportacion de las 400,000 arrobas de ese caldo producirían una importacion de 600 á 700,000 fanegas de cereales.

4.º *Frutas.* Riquisimas y en no escasa cantidad las produce la provincia de Cáceres. Particularmente, las de la derecha del Tajo (las de la Vera de Plasencia muy en especial) y las del partido de Valencia de Alcántara, pueden competir con las mejores de España. Hoy únicamente tiene alguna salida la de Valencia para Bajadoz, y la de la Vera para algunos puntos de Castilla; pero la mayor parte se consume y hasta se pierde en los sitios que con abundancia la produce. El ferro-carril las hará valer con ventaja para su trasporte.

5.º *Vinos, vinagre y aguardientes.* Dicho queda que la citada estadística de cerca de veinte y tres millones de vides á la provincia, que, sin exageracion, se pueden subir á treinta millones; y por un cálculo igualmente bajo, para su producto anual de 600,000 arrobas castellanas de vino, 300,000 de vinagre y 40,000 de aguardiente, de las cuales una mitad puede ser elemento de esportacion sin perjuicio del país. Además, las clases que hoy son inferiores, fácilmente se mejorarán, pues el terreno de esta provincia puede producir aún los mas delicados vinos extranjeros (1).

6.º *Ganado caballar, mular y asnal.* 7,853 caballos y jacas; 3,335 yeguas; 10,891 cabezas mulares, y 25,059 asnales nos da ese trabajo estadístico, que

(1) Esto no lo decimos por decir. Cuantos hayan visitado la magnífica posesion que un intrépido especulador francés, monsieur Lecog, fundó hace veinte años, entre Casteldavid y Valencia de Alcántara, en uno de los estribos mas ágríos é infructíferos de la Sierra de San Mamed, (terreno por cierto que nadie quiso comprar de puro malo) saben perfectamente que este caballero ha aclimatado allí vinos de *Oporto*, *Madera*, *Jeréz* y *Málaga*, y otro gaseoso que se confunde con el *Champagne*, además de una porcion de frutas exóticas, como la *guayaba*, el *maracuja*, el *thé*; y de animales tan útiles y estraños, como el *fatsan*, la *gacela*, la *gallina de Angola*, etc. Para mas pormenores sobre esta magnífica posesion, véase Viu. tomo 2.º, pág. 234.

cómo en todo rebaja su verdadero número, que es muy mayor. El total de las dos primeras especies pueden reunirlo solo las grandes ganaderías de la provincia, como la del marqués de Santa Marta, vizconde de la Torre, etc. De las férias de Galicia y Castilla la Vieja vienen todos los años grandes muladas, y también á la de Torrequemada, y se recrean en Estremadura, quedando en ella algunas para la labor y traginería, y tornando á salir otras fuera de ella, cuyo movimiento ocupará al ferro-carril.

7.º *Ganado vacuno y cabrio*. Se presuponen en la provincia 20,379 bueyes con algunos toros; 38,996 vacas, novillas, eratas y añejos, y 257,012 cabezas cabrias; cálculos que igualmente distan de los verdaderos. En un trabajo de la misma clase, formado en 1749, se regulaba haber en toda Estremadura 209,000 cabezas vacunas y 554,600 cabrias. Hay, pues, mas en la provincia de Cáceres que las que se le asignan. Pasan de 4,000 cabezas vacunas y de 12,000 cabrias las que de ella salen al año para consumirse en Madrid y otros pueblos de Castilla la Nueva, en Aragon, Cataluña y Valencia. Si esto sucede cuando los trasportes son tan difíciles y costosos, puede creerse que el capital de unos cuatro á cinco millones que hoy representa esta pequeña industria, se elevará con el ferro-carril al triple ó cuádruplo.

8.º *Ganado lanar*. 807,177 cabezas nos dice la estadística que hay en la provincia, y aunque sin mas espresion, supongó que son de los estantes ó riberiegos, compuestos de blancos finos, entrefinos y churros y negros. Sin contar con los que en el país se consumen para alimento de sus moradores, y admitiendo aquella cifra, creo no exagerar, poniendo que anualmente salen 19,000 cabezas de este ganado con igual destino y direccion que las vacunas y cabrias, y que igualmente podrán llevar los trenes, con mas, algunos miles de pieles de borreguillos y cabritos para guantes, babuchas y otros usos que hoy apenas se utilizan en el país.

9.º *Lana*. Se trasquila ó corta aquí la de ese ganado y la de unas 160 á 180,000 cabezas del trashumante; que vuelve esquilado á los pastos de verano. El producto de uno y otras no baja de 180,000 arrobas en sicio, de las que una parte queda en el país para las fábricas de paños bastos, otra vá á las de Bejar, poblacion mas floreciente cada dia, otra á las de Portugal, y el resto al extranjero. El transporte de estas lanas será uno de los alimentos mas importantes de la vía.

10. *Trashumacion*. Muy útil seria al ganadero, al propietario y al país, que la antiquísima trashumacion del ganado lanar se hiciera en ferro-carril. El que vá á las montañas de Leon y Asturias tarda de treinta á cuarenta dias cañada abajo, y los mismos cañada arriba; algo menos á las de Burgos y Avila: esos dias se aumentan ó disminuyen, segun los puntos de Estremadura, Mancha ó Andalucía, adonde van á invernar, y como precisa consecuencia de la distancia, cuando salen de los puertos de verano y de las dehesas de primavera, es cuando los pastos están mas en su lozanía y son mas nutritivos. Pudiendo hacer el viaje en cor-

to tiempo, no desaprovecharian esas ventajas y permanecerian en los puertos y dehesas, dias que le serian muy útiles.

Las muchas leguas que tienen que andar con calor, agua, aire, frio, escasez de alimento y otras contradicciones, produce la muerte, ó a' menos la inutilidad para el viaje de bastantes cabezas, sin contar el aumento de costos, que es muy considerable.

Si las aguas se retardan en regar y fecundar las dehesas de otoño, estas carecen de comida, y como el ganado ya salido de las de verano ni puede retroceder, ni pararse en el camino, viene á sus posesiones á perecer de hambre. Habiendo un rápido medio de locomocion, un parte telegráfico al punto de residencia de los dueños, ó al mas cercano, determinaria la oportunidad de la salida del ganado, evitando, ó al menos rebajando notablemente esos perjuicios, que son verdaderamente incalculables.

Sé bien que las vías férreas no pueden conducir precisamente los rebaños y atajos á sus posesiones, pero si á puntos cercanos á ellas, y siempre les evitan la mayor parte del camino, y con ella las pérdidas y costos de que voy ocupándome. El ganadero que economiza considerablemente en cabezas, en costos y en tiempo, no titubeará en aumentar los arriendos de los pastos; y hé aquí tambien demostrado el interés del propietario.

Hay mas aún. Viniendo las merinas en los wagones, no tienen que pasar por los cordeles, cañadas y veredas, que dejan completamente arrasadas de yerba y esta seria entonces de utilidad para el país.

Mucho ciertamente ha disminuido la ganadería trashumante con la derogacion de las leyes de Mesta, y en cambio ha acrecido la estante; pero ni es fácil, ni creo conveniente que termine esa trashumacion, que ya era conocida en tiempo de los godos (1) y que fué la mayor riqueza de los árabes extremeños. En el siglo xvi habia en España mas de siete millones de ganado trashumante.

Segun un dato oficial en 1746, solo de Extremadura, salieron para los respectivos puertos de verano 3.294,136 cabezas trashumantes, y, segun lo publicado en 1850 por el Sr. Cabeda, director general de agricultura, en aquel año toda la ganadería trashumante de España no pasaba de tres millones de cabezas que próximamente es su actual número, y del que cuando menos la mitad viene á invernar á Extremadura, y otra gran parte á Andalucía pasando por aquí. Véase, pues, si con solos estos trasportes de ida y vuelta tendrán carga los trenes para no pocos dias.

11. *Ganado de cerda*. Nada mas que 86,385 cabezas señala esa estadística, y, sin duda, hay mas de doble. La de 1749 regulaba el existente en el mismo año en toda Extremadura en 412,700 cabezas. Del existente en la provincia de Cáceres pasan de 12,000 cabezas las que en vivo salen para las dos Castillas á engordarse, mas de 3,000 las que cebadas ya van á ma-

(1) Como lo demuestran las leyes 5.ª, del tit. 4.º y 9.ª del título 15, libro viii del Fuero-Juzgo.

tarse á Madrid, y mas de 2,000 las que acecinadas se llevan á los puertos de Andalucía; y esto sin contar el inmenso número de arrobas de cecina que el pueblo castellano de Candelario lleva á Madrid. Gran parte de ese movimiento utilizaria el ferro-carril. (1)

12. *Cal.* Al paso que en pueblos como el de Cáceres y su inmediato Sierra de Fuentes, abundan estrordinariamente las canteras que la producen y de excelente calidad, en casi todos los demas partidos escasean las aplicables con buen éxito á las obras, por mas que tengan algunos terrenos calcáreos; y con particularidad esa carencia es absoluta en los de la derecha del Tajo. Así es que se lleva de los dos primeros pueblos hasta la distancia de 20 y mas leguas, teniendo que espenderse, por el aumento de porte, á precios muy elevados comparativamente, y ese alto valor hace escasas las buenas obras, y frágiles y poco duraderas las que se ejecutan, y que esperar á épocas dadas para proporcionarse ese elemento; irrogando todo no pocos perjuicios á los habitantes. El día que un ferro-carril pueda llevar la cal á los puntos de consumo á un precio cómodo, ganarán mucho las poblaciones y la vía.

13. *Sal y tabacos.* Considerable número de arrobas de una y otros se consumen anualmente en el país. Sus portes son escesivos por el mal estado de los caminos, por la falta de puentes, y porque á muchas poblaciones tienen que conducirse á lomo por no poder hacerlo en ruedas. Una vía férrea evitara en parte esos males con ventaja del Estado y no poca suya.

11. *Otros efectos y mercancías.* En Extremadura fatalmente se han aumentado, como en otras partes, el lujo y las necesidades ficticias, y necesita para satisfacerlas y llenar otras reales, de una gran importacion. Bacalao, arroz, loza, cristal, frutos coloniales, hierro, cobre, géneros de seda, de hilo, estambre, algodón, cuadros, papel, muebles de lujo, bisutería, productos químicos, y mil otros darán pábulo á la línea con sus periódicas y constantes traslaciones.

Queda, pues, demostrado tan lata como evidentemente que esa vía tendrá desde luego grandes elementos de vida y lucro; y sin que me ciegue el extremeñismo no vacilo en afirmar muy alto, que ella, oportunamente colocada, no será gravosa á sus empresarios en el presente, y será en el porvenir de las mas lucrativas de toda la Península.

V.

Ocupémonos ligeramente del costo y duracion de las obras. He indicado que la provincia de Cáceres abunda con raras escepciones de los mejores elementos para ellas, como son granito, sílice, cuarzo, piedra berroqueña, pizarra, y calcáreo, muy duros, arena, arcilla, buen barro para ladrillos, y otras primeras materias. Lo que ha de escasear en muchas localidades, como ya indico, es la cal; pero en compensacion

(1) En los siglos xvi y xvii no bajaban de 24 á 27,000 las cabezas de ganado de cerda que acudian á la feria de Trujillo. (*Memorial ajustado*.) Estos tiempos volverán con el ferro-carril. La mayor parte venia de la derecha del Tajo.

como es de superior calidad para toda clase de obras, escepto algunas de las hidráulicas, la diferencia del transporte será ventaja en solidez.

Los brazos, si pueden adquirirse los bastantes para que las obras se emprendan con actividad, puesto que ya he dicho escasearan algo, y teniendo presente que se están ejecutando y se iniciarán simultáneamente en toda la Península obras análogas, serán en verdad caros, pero no hasta un punto que de un modo muy sensible afecte á los presupuestos. Y en cuanto á su duracion, pende del número de operarios con que se cuente y de la rapidez que quiera imprimirse á las obras.

Carros, caballerías y bueyes no creo que falten.

VI.

Lleno el objeto que previamente me propuse, entro de lleno en la grave cuestion de cual de los tres trazados es á mi vez el mas conveniente al país y el que puede reportar mayor y mas segura ganancia á los fondos procomunales.

Me ocuparé con preferencia, aunque estoy muy lejos de dársela, de el de Cáceres á Madrid, pasando por Talavera y Trujillo, cuya total longitud se hace consistir en 320 kilómetros, con cuatro túneles, uno de 1,336 metros, otro de 1,343, otro de 800, y otro con 780, todos de longitud; y dos puentes, uno sobre el Tajo, de 280 metros, y otro para cruzar la garganta que forma el Almonte, de 440 metros de largo. Este ferro-carril ha de ocupar los 120 kilómetros que, segun dicen, dista Cáceres de Assumar en Portugal.

Alegan sus defensores, que en la necesidad de que la provincia tenga una vía férrea que empalme con las grandes líneas de la Península, esta es la mas corta y recta, la mas hacedera y de mejores resultados, porque nos lleva á Madrid y Lisboa. Que sus estudios están ya practicados. Que los pueblos están conformes con su diputacion (1) en subvenir á ella en los 150 kilómetros (presupuestados en cerca de 150.000,000 de reales), que ha de atravesar por la provincia, desde la capital hasta poco mas allá de Naval-moral. Que combatirla, exponerse á quedarnos sin ferro-carril, porque es casi imposible, y muy mas dilatatorio y costoso, el otro trazado que atraviesa en su longitud las dos provincias extremeñas. Que es una vulgaridad creer que las poblaciones atravesadas por los rails obtienen mas ventajas que otras algo mas distantes. Que la economía en la disminucion de leguas que hayan de recorrer los trenes, y la del tiempo, influyen poderosamente en el comercio, y es lo que mas debe tenerse en cuenta. Que la prontitud en ejecutar las vías, es de inmensa importancia. Que la línea que nos lleva á Lisboa, será la grande arteria á donde afluyan todas las del Norte de la Península, y el medio de comunica-

(1) Esto no es enteramente exacto, segun mis noticias, pues en el seno de la diputacion ha habido personas muy respetables é inteligentes que no han estado conformes con el proyecto; y en cuanto á los pueblos, solo 144 han ofrecido subvencion, y eso por razon es que todo el mundo sabe.

ción de todo el comercio marítimo del Océano, y por lo tanto del Nuevo Mundo. Que es un absurdo pensar en trazados trasversales, que no tienen objeto ni lucro en tanto que no sigan algunos de los de la línea internacional, uniendo los puntos extremos, y el que nos ocupa es el único de estas condiciones. Que los mas importantes ramos de riqueza de nuestra provincia son las carnes y las lanas, á cuyos naturales mercados los llevará esa línea. Que Trujillo tiene una comarca productora, é inmediatas otras de igual fertilidad, y una carretera paralela que facilita el acceso al movimiento; y que á Madrid, punto céntrico de todas las líneas generales, es donde conviene llevar nuestros productos por el camino mas corto.

Oponen los adversarios. Que es difícil encontrar quien, aun con una grande subvencion, haga esa línea paralela con la otra de Alcázar de San Juan á Badajoz, que está construyéndose, por cuya razon la que impugnan no puede contar con los trasportes de una porción de provincias. Que el gobierno no puede conceder una línea directa á Portugal, habiendo concedido la de Badajoz; ni consentir se establezca una competencia ruinosa entre las dos, que mataría á ambas y heriría derechos adquiridos. Que no es político, patriótico, ni conveniente que vayamos con dos líneas férreas á llevar la vida al puerto extranjero de Lisboa, perjudicando los nuestros de Sevilla, Cádiz y Málaga. Que la línea de Cáceres á Madrid atravesará en su gran parte comarcas estériles y sin vida, como no la tiene la carretera existente. Que los 80.000,000 de rs. con que se dice subvienen los pueblos á esa línea, sobre no ser mas que 57.600,000 reales de lo que pueden disponer, su oferta no deberá ser aprobada por el gobierno de S. M., en vista del rumbo que vá tomando esta cuestión, por mas que esté consignada en el expediente general, siendo preciso y lógico y justo proceder á consultarlos nuevamente, lo que no dará el resultado que se pregona (1). Que la frontera de Portugal no puede abrirse ahora por la provincia de Cáceres sin que surja una cuestión política de gravedad y trascendencia; además de que el gobierno portugués, ni ha acordado ni piensa hacer esa línea hasta Assumar, por donde se ha de verificar el empalme á Lisboa. Que esa línea que atraviase la frontera, tendrá siempre el valladar de las aduanas. Que la provincia de Cáceres, con su línea directa á Lisboa, solo ganaría un puerto, en el que tendría que competir con su hermana la de Badajoz, cuando por el otro trazado tendría muchos puertos españoles; y que los mencionados túneles y puentes son muy costosos y difíciles.

Creo haber reasumido fielmente las razones capitales emitidas hasta hoy en pró y en contra del proyec-

to, y en verdad que lo han sido con lucidez y mesura, si bien algunas tienen mas de sofisticas que de positivas.

A riesgo de incurrir en repeticiones, diré lo que imparcialmente opino.

Que al país conviene tener una vía férrea, que empalmando con las generales, dé salida á sus sobrantes é importe lo que necesita de una manera rápida y económica, es una verdad trivial, así como que nos conviene ponernos en comunicacion con Madrid y Lisboa.

También lo es que la que se proyecta es algo mas corta que la de Badajoz, por donde hoy pudiéramos ponernos en comunicacion con esas dos capitales; pero ni estas verdades destruyen la inconveniencia y las dificultades de la línea en cuestión, ni son aplicables á ella del modo que se aplican, ni la hacen mas realizables; y además, semejante aplicacion, atendidas las circunstancias, está en pugna con otras y con otros principios que sientan sus mismos patronos.

Conforme con sus adversarios, dudo mucho que haya capitalista que la pida y ejecute, una vez que se convenza, y no podrá menos de convencerse de que es una empresa ruinosa, existiendo ya otra línea paralela, de la cual, una gran parte se ejecuta en estos momentos, debiendo toda ella estar concluida quizás antes de que pueda principiarse la trujillana (1).

En 1855 y 56, es decir, antes que se hubiera proyectado esa otra vía, fué cuando pudieron tener aplicacion algunas de las ventajas que se enumeran. Hoy ya no. En empresas tan costosas y tan necesariamente lentas, como las de ferro-carriles, la anticipacion, el hecho es un adelanto inmenso, que les dá un carácter de perpetuidad, un derecho, que anula en su mayor parte cuantas desventajas pudieran tener anteriormente. La diferencia, como explicaré, será de horas, ¡y en horas, puede fundarse una competencia útil? ¡Qué locura! y mas cuando esta competencia podría venir en época muy posterior, largos años despues de estar la otra línea en posesion del monopolio de los trasportes. Dudo mucho que sean buenos estreñeos los que hacen de esta competencia un argumento de la línea trujillana.

LOS CAMPESINOS.

CUADRO SEGUNDO.

LLORAR A UN MUERTO Y SONREIR A UN VIVO.

Despues que se hubo retirado la visita de la pobre y apenada Jacoba, como narramos en el anterior capítulo

(1) Despues de escritas estas líneas, yo en un periódico de Madrid que el Consejo de Estado, como era de esperar, desaprobó en febrero las ofertas de los 144 pueblos en favor del ferro-carril trujillano, fundándose en que es prematuro este compromiso, no estando aun estudiada la vía, no conociéndose las ventajas ó inconvenientes que puede traer al país, y otras razones que acreditan la ligereza con que se ha partido en este asunto. Creo, pues, que los pueblos están en el caso de estudiarlo de nuevo maduramente, para retirar ó ratificar su compromiso, y segun mis noticias, casi todos se disponen á hacer lo primero, en lo que dan una prueba de su ilustracion y patriotismo.

(1) Si hubiere, como es posible, algun capitalista que prometa hacer el camino, ruego á mis conciudadanos con toda la sinceridad de un hombre de bien, piensen que en estos negocios, á veces se promete mucho por satisfacer el amor propio, ó por perjudicar á otras empresas rivales; pero luego, cuando llega el momento crítico, se abandonan. ¿Qué responsabilidad no tendrían los pueblos de la provincia de Cáceres, si por su culpa, ó mejor dicho, por su candidez, se perdieran tres ó cuatro años embarullándose para muchos mas esta cuestión, sin conseguir otro objeto que el triste de causar perjuicios á una provincia hermana, haciéndose víctimas las dos de innobles manejos? ¡Cuidado, estreñeos, cuidado!

lo, corrió Marta presurosa al sitio donde pasó la tarde y permanecía aún el tío Santos cabizbajo y pensativo. Solo se cuidó de recoger sus hijos y conducir á su madre ciega al interior de la cabaña; pero no se detuvo á encender la lumbre, ni preparó la frugal sopa de ajo y pimenton para la cena, como tenia de costumbre: otro cuidado mas urgente la impelia hácia el sitio en que juzgó la llamaba un infortunio nuevo. Sus faenas domésticas quedaron aplazadas para despues.

No se le habia ocultado que el viejo Santos, tan locuaz, tan alegre, tan risueño siempre, habia permanecido mudo, sombrío é indiferente toda la tarde en la piedra en que se dejó caer desplomado. El ojo de aquella mujer, radiante y revuelto hácia todas partes, como el ojo de la Providencia, habia penetrado en aquel corazon tan abatido, como la tintera se introduce en la llaga para conocer las profundidades del dolor: y deseosa de inquirir la causa que producía tan insólita tristeza, con objeto de buscar y aplicar el consuelo adecuado á su dolor, interrogó al anciano de esta manera:

—¿Se siente Vd. mal, tío Santos? ¿Se halla enfermo alguno de sus hijos? ¿Se le ha extraviado á Vd. alguna vaca?

Marta abrazó en este pequeño catálogo de preguntas las tres únicas causas que podían turbar la dicha y el contento del feliz y candoroso viejo. Una pronta respuesta negativa hecha en el mismo tono y con idéntica gesticulación á la que habia usado Marta, acompañada de una fingida sonrisa y de una forzada mueca, de las que acostumbraba hacer en su festivo estado normal, y ejecutada sin duda para corroborar su aserto, fueron los medios adoptados por el inocente anciano con el objeto de ocultar su pena á la que le interrogaba.

Demasiado comprendía aquel que el alma compasiva de Marta sufrió durante la visita horrendas penas, reflejadas del alma de la paciente Jacoba, y en su delicado generoso sentimiento, no quería aumentar dolor á dolor, ni acibar á acibar.

El esfuerzo que hizo el tío Santos para recobrar su habitual buen humor, y volver á la escena del mundo á desempeñar su bien sostenido papel de Heráclito, con bufonadas, con remedos, con cuentos y con risas, luego que conoció que el pequeño alto ejecutado aquella tarde en su carrera de bufon, delató á la perspicacia de Marta el sentimiento que le devoraba el pecho, fué un esfuerzo brusco, fué una transición tan repentina, que surtió un efecto enteramente contrario al fin que se propuso; porque la sagaz mujer, acostumbrada á escudriñar los rincones mas ocultos del pecho de los infortunados, por hábito y por instinto, comprendió aquella inocente farsa, en la que Santos sacaba fuerzas de flaqueza para disimular su dolor; deduciendo por consecuencia, que aquel misero anciano, sufría, ocultaba, tenia ó esperaba algo: más se inflamó con esto su celo compasivo, y con doble ahinco quiso inquirir la clase de pena que afligia á aquel hombre, para consolarla, compartirla ó atenuarla al menos.

—No; alguna cosa extraordinaria le sucede, dijo al anciano, batiéndolo ya en su última trinchera de disi-

mulo.—Usted se encontraba alegre esta mañana; imitó el ladrido lejano de un perro, para turbar la tranquilidad de mi mastín, que desatinado y fuera de sí ladró y buscó por todas partes al enemigo imaginario que lo provocaba, mientras Vd. se reía como un niño.

El viejo ventrílocuo remedó un lejano canto de gallo; el orgulloso huespéd que posaba en el fresno, burlado por el viejo, contestó con sonoro grito á esta especie de voz de *centinela alerta*, con la respuesta de cajón, *alerta está*, que retumbó en el valle desierto.

—Usted cantaba alegre en el collado mientras apacentó sus vacas, hasta que habló con Vd. aquel *meseguero* que venia del pueblo; y desde entonces cesaron los cantares y se puso tregua al buen humor.

Al oír el tío Santos esta última exactísima cita, palideció. Sus ojillos chispeantes se nublaron de pronto; las disimuladas y fingidas risas terminaron; aquel repentino nublado rompió en una lluvia de lágrimas.

Apoyó los codos sobre sus rodillas, abatió la cabeza sobre sus manos, para que sostuvieran un peso que su débil cuello no podía soportar, y entre sollozos que se sucedían brevemente unos á otros, y con palabras cortadas dijo:

—¿Han publicado la quinta!; Mi hijo Marcelo es un mozo como un trinquete, y tiene ya la edad!...; Irá á servir al rey!... ¿Qué vá á ser de mí y del pobre Alejo?...

La tranquila serenidad de Marta vino á turbarse tambien con la dolorosa nueva de la publicación de la quinta; su alma tierna comprendió el cruel estremecimiento que habria causado en España el eco de aquella voz potente que resonaba hasta en las olvidadas chozas del desierto de Valdelagrana, arrancando lágrimas á los secos ojos de un pobre viejo que no lloraba nunca. Aquella voz armaba cienmil brazos de un solo grito, arrancándolos á la agricultura, á la industria, al saber; los arrancaba del seno de las madres y los apartaba del pacífico hogar doméstico, para ponerlos al blanco de la ira injusta de los hombres, para que fueran sus generosas vidas el calmante de ambiciones desbordadas, de miras egoistas, y de implacables odios. Aquella voz abría tal vez millares de sepulturas en los campos de la gloria y provocaba la ira de los mares que á la vez inmolaban otras tantas vidas declarándolas buena presa: con todo, el valeroso pueblo español si marcha tímido al sorteo, camina decidido y bizarro á la batalla: gloriosos ejemplos hemos tenido en todas nuestras brillantes epopeyas de armarse decidida parte de esa hermosa mitad del género humano, luchando animosa en la crudeza del combate, alcanzando la misma gloria que inmortalizó á Juana de Arco; y los mismos que derramaban lágrimas sobre los globos del sorteo, verter despues torrentes de sangre generosa en los combates. Tal vez esta contradicción que es hoy un arcano á la ciencia de gobernar, pueda explicarse otro dia, y ese tributo de sangre se pague espontáneo y gustoso por el pueblo.

El organismo sensible y delicado de Marta se estremeció tambien como el del apenado anciano, recordándole la fatal nueva, que era madre de dos varones que algun dia habrian de pagar aquel costoso, aunque ne-

cesario tributo á su patria, anticipándole este recuerdo dolores y tormentos; pero fuerte y resignada atendió á los deberes que se habia impuesto de ser el paño de lágrimas de aquellas pobres jentes habitadoras de una sierra salvaje y desierta.

Principiaron, pues, sus consuelos haciendo un prolijo interrogatorio al afligido padre sobre su edad, sobre los secretos mas recónditos de su organizacion, de su salud y la de sus hijos, y sacó en limpio que el tio Santos habia cumplido ya tres duros y medio de años; esto es, setenta, segun ese sistema de contar la edad que tiene la jente campesina del país, que toman por tipo de unidad la cantidad de reales que vale la moneda española llamada peso duro: y hecha esta importante averiguacion, resultaba que el sexagenario padre podia ampararse del beneficio que dispensa la compasiva y humanitaria ley de reemplazos, para que el anciano desvalido padre pueda librar un hijo del servicio, á no ser que tenga otro útil para el trabajo y sea mayor de catorce años.

Alejo pasaba ya de esta edad; en tal caso Marcelo y Alejo, hijos únicos del tio Santos, debian compartirse equitativamente entre dos acreedores á sus vidas; el padre anciano y la madre patria; la madre cedia su derecho en beneficio del anciano, si el hijo que le quedaba no era apto para librar en él la subsistencia del padre desvalido y viejo. Esto cabalmente sucedia con Alejo: estaba inutilizado para procurarse y procurar el sustento del padre, porque era víctima de una crónica enfermedad incurable: la epilepsia, esa dolencia terrible, no subyugada aun por los esfuerzos de la ciencia, sobre la cual triunfa altanera, que parece que su malféfico poderío ataca mas á el alma que al cuerpo mismo, cuyo pernicioso ensañamiento hace que se le conozca con el nombre terrible de *mal de corazon*.

Alejo la padecia desde niño, y tras de su salud aparente y su lozanía se ocultaba traidor el mortal rayo de que estaba herido. Y sin embargo, ¿cómo justificar este padecimiento cuando su existencia real y positiva se oculta tanto á los abiertos ojos de la medicina, al paso que se presta tanto á la simulacion y á la mentira?

El conocimiento que tenia de las cosas del mundo aquella mujer experimentada en todo jénero de dolor, le hizo comprender las dificultades que se presentarían á el anonadado viejo si habia de hacer valedera la legítima causa que le asistia para librar á Marcelo del servicio de las armas, toda vez que la equívoca enfermedad de Alejo estaba sujeta á tan difícil prueba. Nacido el hijo menor de Santos en aquellos desiertos, y constante habitador de ellos toda su vida, jamás se habia sujetado su mal á la observacion y curacion científica: el uso continuo de una tosca sortija de metal, en la que se engastaba un cartilago del corazon de un ciervo, colocada siempre en el dedo cordial del epiléptico; tal cual zumo de yerba campestre propinada por alguna empírica vieja, habian sido los únicos remedios que se emplearan para combatir el funesto mal. ¿Cómo justificarlo? ¿Cómo hacer valer el derecho del pobre anciano para salvar al presunto soldado que

era la Providencia de aquella corta é infortunada familia?

Recorrió pues su memoria y halló que varias jentes, habian presenciado en ocasiones diversas los terribles accesos del epiléptico. Un venerable y sencillo sacerdote que cruzó en romería al Santuario de la Cabeza y se albergó una noche en el miserable, pero hospitalario aduar, recitó evangelios sobre su cabeza, porque se juzgaba en la sencillez de aquellas jentes hallarse poseida de Satanás en los momentos de su horrendo ataque. Un generoso pescador que tiraba las redes en los abismos de aquel rio, libertó un dia la vida al pobre Alejo, que rodó á su vista desde lo alto de una ladera donde apacentaba sus vacas, agitado por las bascas y horribles convulsiones de su acceso. Dos leñadores, consternados del peligro, aplaudieron la noble accion del pescador. ¡Dios les habia traído! ¡La verdad podia lucir esplendente en el proceso!

Marta comprendió que esta prueba seria la tabla salvadora del afligido padre en aquel amenazador naufragio, y consoló á Santos con la esperanza de que la ley protegía sus sagrados derechos de padre y de anciano, poniéndolos á salvo del abandono y la miseria.

—Marcelo se liberta, dijo á Santos con la conviccion mas profunda.

Le esplicó las razones en que se fundaba para esperar así; le puso un simil de otro mozo hermano suyo que habia quedado libre en su caso análogo; pero Santos no comprendió la mitad de lo que oía. Aquel sencillo corazon no sabia mas que agradecer y bendecir á su bienhechora, á quien profesaba cariño y respeto: mas no comprendia el intrincado laberinto de pruebas y justificaciones, anonadándose más ante las dificultades que dejaba entrever en lo que comprendia. Marta coronó su obra caritativa, ofreciéndose á gestionar, á testificar con su marido sobre la certeza de la enfermedad, y luego que hubo tranquilizado el ánimo del infeliz anciano, procuró hacerle recuperar su desfallecido estómago, primero con una moderada porcion de mistela de agenjos que confeccionaba para ataques histéricos, dias de Santos, Pascuas, y apurados casos como el presente; y despues con una frugal cena adieionada con un sabroso pedazo de cabrito, y un dornillo de dorados y transparentes panales en honor del convidado, apartando ante todo una buena racion para el marido ausente.

Sentáronse alegres á la mesa, Marta, sus hijos, la tranquila y silenciosa anciana, presididos por el venerable tio Santos que bendijo las viandas al principiar, invocando el nombre de Jesús; amenizó el acto con chistes verídicos é hijos ya de la expansion que habia cobrado su ánimo, terminando el festin con un solemne *Padre nuestro* coreado por aquella sencilla y cristiana jente, que confiada pedia á Dios el pan de cada dia y el perdón de sus pequeñas deudas, ofreciendo en cambio perdonar generosos á sus deudores.

La tarde precedente habia sido serena. El cielo despejado y tranquilo ostentaba la pureza de su diáfano indescriptible color azul. Una pequeña nube blanca, parecida á un ligero vellón de lana cardada, asomaba por el horizonte á la parte de Sudoeste: la ausencia del

sol ennegreció la nube; pero de vez en cuando la alumbraba un relámpago, iluminándola momentáneamente de un ligero tinte color de cuello de tórtola, perfilado de una luz sulfúrea. Una pequeña detonacion seguía algunos segundos despues: el viento húmedo y frio que soplabá de aquella parte, impelia rápidamente la nube. La profunda corriente del rio encajonado entre aquellas elevadas cordilleras pobladas de árboles, y repletas de mineral sus entrañas, atraía la tormenta hacia el oscurecido ya Valdelagrana.

La tempestad arrécia, el rio sale de madre y brama soberbio como el viento; pero á uno y á otro ruido sobrepaja el estridor del trueno. Aquellos corazones tan tranquilos una hora antes, se conturban: no es extraño; los hambrientos y selváticos lobos que ahullaban momentos antes en el collado vecino, guardan silencio sobrecogidos del miedo: tampoco gritan las cornejas: no se oye mas voz que la de la tempestad.

—¡Dios mio, qué noche! ¡Y Santiago no viene!... decía Marta angustiada y temerosa de que hubiese acaecido una desgracia al cazador nocturno.—Y la pobre Jacoba sola, proseguía azorada. ¡Santos del Cielo! ¡Qué será de ella!...

La tempestad rugía furiosa: la lobreguez de la noche y la soledad del sitio, el ruido imponente del rio y la debilidad de la choza, infundían pavor á el alma mas valiente.

Entre todas las victorias alcanzadas por el hombre sobre la materia inerte, esclava perpétua de ese rey de la creacion, la mas grande y la mas santa de todas, es la invencion del pararrayos. La mano del hombre, potente como el Júpiter de la antigüedad, domina las regiones de la tempestad, traza con el dedo la marcha que el indómito rayo ha de seguir, la marca el sitio donde irremisiblemente debe hacer su caída, y el rayo obedece sumiso, y así se preservan vidas, tesoros y edificios. Pero, ¡ay! esos preservativos no protejen las modestas casas ni las chozas humildes... ese fuerte y segurísimo escudo contra las exhalaciones de la tormenta no guarece mas que á los afortunados. La pobre choza de Valdelagrana y sus infelices moradores no se encuentran amparados por la egida del pararrayos: todo lo contrario, apoyada la irresistible choza en el tronco secular del erguido fresno para que la defienda de las furias del vendaval, tiene un protector en los tiempos serenos. Pero esta mano amiga y bienhechora se convierte en un enemigo poderoso en los terribles momentos de lucha y desequilibrio de la naturaleza: aquel árbol deja de ser un remedio; es una asechanza, un principio de atraccion; es un conductor natural, una arteria de la electricidad y de la exhalacion mortífera. Sin embargo, un pararrayos mas poderoso aun defiende sus vidas en tan solemnes momentos de angustia y exterminio: la proteccion divina. Aquella cristiana familia eleva su corazón á Dios: cree, reza y espera.

Parapetados en su sencilla fé, y escudados en la oracion, invocan fervorosos la misericordia divina. La venerable ciega entonaba las consoladoras antifonas del Trisagio que glorifica á Dios bajo el misterio de su Trinidad incomprensible. Los niños atentos coreaban

con su voz atiplada y argentina aquel piadoso himno que proclama á Dios tres veces santo. Cualquier pensador que hubiera presenciado tan sublime como cristiana escena, en medio de aquel solitario montarral de Sierra-morena, alumbrada por las fugaces luces del relámpago, y hubiera oido las alabanzas infantiles que herian el eco aterrador de la tormenta, las habría tomado por un coro de aquellas gerarquías angélicas que vió Isaías en el éxtasis de sus piadosos sueños, y que habian descendido al fondo de la cabaña á ejercer una mision consoladora.

A poco tiempo los furores del cielo se calmaron, la tempestad huía, el viento encadenado se quejaba ligeramente. El silencio de la noche dejaba oír de vez en cuando una voz esforzada y confusa que llamaba á Marta: la distancia deboraba los ecos y se percibía apenas.

—Demandan auxilio, exclamaron á un tiempo los actores de aquella escena aterradora y edificante, sencilla y sublime.

Pocos momentos despues repitieron los ecos.—¡Marta!...

—¡Clemencia divina! Pronuncian un nombre, y demandan auxilio á estas horas, en medio de tanta lobreguez y desolacion.

—¡Marta!... Se oyó decir por tercera vez en un tono enérgico y decidido, como el último desesperado esfuerzo de un infortunio urgente que se operaba en medio de la soledad y de las sombras.

—¡Una voz de mujer!... Sin duda es ella... Jacoba que se encuentra sola y desamparada en su pobre albergue, y tal vez le haya llegado la hora de su alumbramiento. Si, lo decía su cara pálida, desencajada, ojerosa, velada con ese paño cetrino que aparece en la última luna de preñez. Bien le dije que se marcharía al pueblo: no en valde le ofrecí auxilios.—Esto hablaba Marta disponiéndose como para salir al socorro que se le demandaba.

—¡Y cómo salir de la choza en noche tan horrible, exclamaba el viejo.—Si Santiago se encontrase aquí al menos... pero, ¿dónde vá Vd., pobre mujer, tan delicada?...

—Es una obra caritativa; replicaba aquella con vehemencia.

—La caridad bien entendida debe empezar por usted misma. Pudiera esperarse al menos que llegara Santiago, la acompañaría: yo, pobre viejo, no veo.

—En mi vida he dejado yo de responder cuando han llamado á mi puerta. Recurren á mí, y debo acudir presurosa. Pues qué, ¿dan tregua esas cosas? Pues qué, ¿no tenemos sangre cristiana en las venas? ¿Hemos de dejar perecer una pobre mujer, una criatura tal vez, como un perro se muere abandonado en un canton? Ella me necesita, me busca y me encuentra. Hoy por tí y mañana por mí. Cuando yo misma me he visto en lances tales, todas las parientas y las vecinas de la calle se han puesto á mi lado y me han favorecido. Estos favores se toman prestados y se pagan. Además que es una casualidad providencial que yo me encuentre en las Rozas esta noche. La necesidad de traer provisiones nos llevaba hoy á Andújar, y

cuando estábamos dispuestos á partir yo y mi Santiago, se extravió la burra, y no fué posible el encontrarla hasta que ella misma se presentó á la puerta cuando ya era difícil poder llegar al pueblo, y por eso desistí de mi viaje; por eso me encuentro aquí esta noche; es una sabia Providencia Divina ordenada para que yo auxilie á esa infeliz mujer, que se hubiera visto sola y desamparada en un trance como ese; y cuando esa Providencia me toma á mi como medio para cumplir sus paternales fines, no seré yo quien me haga la sorda ni la perezosa á su llamada.

Todo parece que se conjuraba contra su plan caritativo. Santiago no llegaba: Ramon acostumbrado á mamar muy á menudo, no podía quedarse en la choza con su abuela, y además lloraba rabioso.

Marta, infatigable y activa, tomó todas sus precauciones en un momento para acudir á la mas urgente necesidad. El tio Santos, que estaba torpe y falto de vista para guiarla por aquellos caminos, se quedaba de custodia de la choza, de la pobre anciana y de la niña, esperando á la vez al cazador Santiago que regresaría muy pronto de su caza de rececho, y lo dirigiría á la choza de Jacoba con el encargo de que fuera en un vuelo. Madre Lutgarda animaba mas bien á la expedicionaria recordándole los útiles de que debía ir aprestada.

Todo estaba dispuesto en dos minutos, y partian hacia casa de Jacoba. José María, habituado ya á estas escenas, en que le tocaba con frecuencia hacer un papel intermedio, caminaba alegre precediendo á su madre por la derecha empinada senda, disipando la oscuridad con un farolillo encendido en una mano, y un pequeño canasto de mimbres en la otra, donde se habian acomodado ropas, vendas, polvos secantes y la Rosa de Jericó que era una especie de talisman precioso que conservaba Marta y venia de madres á hijas muchas generaciones antes, y hacia un singular papel en estos lances.

Marta, cobijada con su misma enagua, llevaba en los brazos á Ramon, que ya no chistaba, é iba acurrucado al pecho de su madre, y asido á él como una sanguijuela. Presurosos caminaban por la cuesta arriba en medio de la soledad y del silencio. Silencio que era interrumpido solamente por los agudos é insistentes ladridos del mastin, que olfateaba en alto hacia la misma direccion que llevaba Marta, y luchaba tenazmente por desasirse de la cuerda de esparto á que se encontraba amarrado. El tio Santos le reñia unas veces y lo acariciaba otras, creyendo que su inquietud era producida por el deseo de seguir á sus amos. Marta volvía de vez en cuando la cabeza hacia los acompasados ladridos del mastin, horrorizada tambien con los ahullidos que atribuia á pronósticos de una muerte cercana.

Otra era la causa por cierto: la inquietud de aquel fidelísimo animal, coincidía con otro rumor sordo y cercano, que la intranquila mujer percibia alguna que otra vez y en diversas direcciones de su camino: ruido que se producía, al parecer, por el cauteloso paso de alguna fiera. Nada podia distinguir por mas que miraba á todas partes. Ya distaban muy buen trecho

de su choza, y el terror de verse en aquel peligro, sola con dos tierna criaturas, principió á apoderarse de su alma.

Una ráfaga de viento ajitó las ramas, y este ruido sordo ahogó los rumores que le avisaban el riesgo, y mató la oscilante luz del farolillo.

El niño se consternó doblemente con este siniestro. Marta perdió algo de su serenidad, á pesar de sus hábitos montaraces y varoniles. Detubo un momento sus pasos irresueltos. La caída de una piedra que rodó entre otras por una pendiente que les estaba próxima, avisó al consternado grupo la presencia de un animal hacia aquel punto. El chasquido que produjo á poco rato la rotura de un cándalo del matorral por la parte opuesta, les dió á conocer la existencia de otra alimaña cercana á ellos.

El mastin ahullaba entristecido como avisando un riesgo, y aunque redoblaba los esfuerzos de su voz, tenia intervalos de silencio. Un bulto oscuro cruzó de un brinco la linea clara y blanquecina de la tortuosa senda. Dos ojos brillantes y luminosos como la luz fosfórica de un cementerio se dejaron ver á menos distancia; pero clavándose fijos y fascinadores en aquellas aterradas criaturas. Un ahullido silencioso, ahogado y selvático resonó por la espalda, producido por una de aquellas bocas hambrientas dispuestas á devorar carne humana.

—¡Una lobada! ¡Dios mio, amparadnos!...

Multitud de dientes castañetearon en torno, amenazadores y ávidos de devorar su presa.

—¡Virgen mia, socorro!... ¡Banderas, perro mio... á ellos!...

Banderas no ladraba.

—¡A ellos!... clamaba desesperada aquella madre que abrigaba con su cuerpo las dos tiernas criaturas.

Banderas no venia.

Otro ruido sordo y acelerado se percibió de lejos y venia en direccion á ellos, y se aproximaba al escape al sitio en que se encontraban desconcertados aquellos infelices.

Un latido sonoro y atronador les dió á conocer que el fiel mastin venia en persecucion de la lobada, que se dispersó en el momento, oyéndose carreras de huida en todas direcciones, perseguidas las fieras por aquel salvador animalito.

Todo quedó en silencio. Marta apresuró el paso hacia la ya cercana choza de Jacoba, agradeciendo la lealtad del perro que rompió sus prisiones para salvarle la vida.

Pasemos á la cabaña de Jacoba.

Su alumbramiento se habia verificado durante la explosion de la tormenta. La influencia de esta, el miedo, la agitacion del largo paseo de aquella tarde; todo cooperó sin duda: y apenas se hubo recogido en su albergue, cuando le sorprendieron los dolores del insidioso parto.

Se encontró sola, sin tener siquiera una persona á su lado que llamara á la caritativa Marta. Los hijos del tio Santos que la acompañaban momentos antes de que se sintiera indispueta, volaron á custodiar sus vacas apenas se presentara la tormenta. El ruido de la

imponente nube y de la lluvia ahogaban la voz que dirigía la desolada mujer demandando un pronto auxilio de la vecina Marta; y sola, desprovista de todo, y casi exánime, dió á luz un niño, quedando desfallecida y sin sentido en el mismo acto.

La tierna criatura, casi asfixiada y derramando lágrimas, hubiera muerto de frío y de abandono, si la Providencia Divina no hubiese velado por su conservación. Jacoba volvió de su cruel parasismo y tuvo fuerzas para gritar desesperada por última vez, cuando el furor de la tormenta había cedido. Esta postrera voz es la que oyó distintamente la compasiva Marta, y la que la decidió á venir en el instante. Su venida aprovechó solamente al pobre niño: poco pudo servir á la desventurada madre que agonizaba por momentos.

Marta, sobrecogida al ver el cuadro desgarrador que se le presentaba ante la vista, se paró y dudó un momento acerca del partido que debería tomar. Todo lo examinó y todo lo vió de una ojeada. Pero su consternación no fué una rémora para obrar y prestar auxilios á aquellos dos seres desgraciados y desvalidos.

La tierna criatura, exánime y medio helada fué socorrida prontamente. La madre cariñosa cuando se sintió próxima á experimentar el fatal vértigo que la tenía embargada, cuidó indudablemente de su pequeño niño, porque lo encontró Marta resguardado en el seno de aquella y abrigado con su rayada manta. De otro modo el aire frío y húmedo de aquella noche, que penetraba por todas partes, hubiera segado aquella tierna flor campestre.

Los dos hijos propios los instaló Marta en el sopor-tal de la choza. José María acurrucaba, obligando á dormir, á su pequeño hermano Ramon, que despabilado se resistía todo lo posible, hasta que á fuerza de paseos, de mecidas y arrullos quedó dormido y acostado en un camastro que se le improvisó al amor del fuego.

José María quedó espedito para avivar la lumbre, templar el agua en que se había de labar al recién nacido, y caldear unas pizarras que restablecieran el perdido calor de la madre. Esta permanecía asoporada en su pobre lecho, durante el corto tiempo que su enfermera invertía en prestar los mas urgentes servicios de matrona. Pálida y yerta como la nieve, miraba Jacoba con ojos vidriosos hácia todas partes, sin fijarlos en determinado objeto: embargado su oído, no percibía siquiera las dulces y consoladoras palabras que Marta le prodigaba, para alentarla y animar su abatido espíritu. Ya era tarde. En vano fué aplicarle las dos pizarras casi candentes en sus frias é insensibles plantas. Inútiles fueron los medios que puso en ejecución la pobre curandera de aquellos campos para restablecer el perdido calor, y el equilibrio de la vida en la paciente. Aquel cuerpo inerte ya y postrado se presentaba indiferente á las fricciones y al improvisado revulsivo: la respiración, agitada débilmente, exhalaba un hálito glacial como el aire que se escapa de una sima ó de un sepulcro entreabierto.

Marta desplegaba una acción y un espíritu varonil en aquel apurado lance. Lloraba, procurando empero

ahogar los suspiros y secar disimuladamente las lágrimas, temerosa de hacer comprender con ellas á la pobre moribunda la hora terrible que atravesaba, si es que le asistía algun destello de razón.

—Esta mujer se muere, decía acongojada, sin recursos que curen su cuerpo, sin auxilios espirituales que limpien y purifiquen su alma, que no estará esenta de ódios, siquiera sean justos y disculpables; porque ese hombre egoísta, ambicioso y malo le ha usurpado sus bienes, asesinandole á su marido y arrojándola á morir de miseria en una tierra estraña... ¡Pero morir impenitente y privada del uso de la razón, sin poder decir siquiera: ¡Dios mío! perdona mis deudas, así como yo perdono de corazón á ese deudor infame, que me ha arrebatado y me debe mis bienes, mi marido, mi bienestar, y la tierra en que nací!... ¡Morir sin poder decir siquiera: Me arrepiento, creo y espero!

La piedad de aquella mujer lo mismo sentía por los sufrimientos del cuerpo, que por los dolores del alma. La virtud de la caridad santa era innata en su corazón tierno y compasivo, y la costumbre de sufrir ó de ver sufrimientos en otros, le había desarrollado mas su exquisita sensibilidad en el apartamiento y soledad de aquellas sierras donde ejercía por espacio de muchos años un cariñoso patriarcado.

La acción tónica de un cocimiento de astillas de canela que pudo administrar, gota á gota á Jacoba, y el humo estimulante que le hizo aspirar quemándole unas plumas en la nariz, provocaron la reacción que procuraba ansiosa. Esta se insinuó por fin en unas menudas gotas de sudor que asomaban á la frente pálida de la moribunda, como sutil rocío que salpica la corola de una rosa blanca. Sus ojos térreos y vidriados se iluminaron ligeramente: la razón volvió á reconquistar en aquella lucha su perdido imperio, siquiera fuese para hacer el último desesperado esfuerzo, y derrumbarse despues en el abismo de la nada.

¿Dónde está mi hijo? fué la primer palabra que articuló la desdichada Jacoba, un tanto repuesta de aquel síncope mortal.

Marta aprovechó este momento solemne para hablar de Dios á la desventurada moribunda, y presentándole aquel cuerpecito diminuto, limpio, vestido ya con una pobre camisa de florete, y perfumado con el agradable humo del albor y el pinillo de aquellos prados, bajo la égida y protección de Dios, que no le falta á nadie, le dijo, infiltrando ya en sus palabras los consuelos puros de la religión que profesaba aquella mujer que agonizaba por momentos.

¡Y me hubiera muerto aquí en la soledad y el abandono! exclamó la doliente, aterrada al comprender la peligrosa crisis que atravesaba.

—¡Qué! no estaba Vd. sola, vecina: Nuestra Señora de la Buena Dicha se hallaba con Vd.

Y descolgando una pobre estampa de papel, ahumada y vieja, que representaba la imagen de la Virgen, bajo el misterio de la Asunción, y pendía de la cabecera del lecho, se la presentó á la vista. La moribunda trémula y anhelante, besó devota la estampa de la Virgen Santa.

—La que nunca nos deja ni abandona, continuó la piadosa Marta, que desempeñaba el papel de agonizante, con una caridad, con una sencillez y una unción cristiana arrebatadora y persuasiva.—Esa Señora le daba secreta é invisible compañía; esa Señora es la que prestó valor al corazón y fuerza á la garganta para que Vd. se hiciera oír al través de ese eco ronco y atronador de la tormenta, infundiendo en el mío la compasión que es debida á una mujer que camina á la muerte, y á un inocente niño que arriba á la vida.

La moribunda prestaba atención profunda á aquellas palabras cristianas y consoladoras, y besaba contemplando la devota estampa. Este objeto piadoso suscitaba en su mente hondos y dolorosos recuerdos, profundos y suavísimos consuelos. Aquella estampa traía á su borrosa memoria el recuerdo santo de su país natal y su familia.

Una intriga de las mil que se forjaron en los Velez para aburrir y espatriar aquella familia á quien legítimamente pertenecía la mina llamada Nuestra Señora de la Buena Dicha, fué pedir en el pleito un embargo de prevención que los desapropió de su ajuar y su fortuna. Aquella pobre estampa era la joya y la reliquia que había podido salvar al desalojar su acomodado hogar doméstico, como Eneas cargó con sus queridos Dioses Penates al abandonar sus Lares.

Estos dolorosos recuerdos formaban el triste cuadro de la usurpación de su colosal fortuna, de la persecución injusta que le hicieron, de su provocado destierro, de la muerte de su marido, y de la misera horfandad en que quedaba sumergido su inocente hijo. Esta rápida ojeada retrospectiva, que hizo en aquellos momentos, pasó fugaz como una vibración eléctrica; pero sin dejar odio ni rencor en el corazón.

—¡Pobre hijo mío! Decía. ¿Quién guardará tu sueño? ¿Quién saciará tu hambre? ¿Quién velará por ti?

La Providencia Divina, contestó Marta interrumpiéndole enérgica y llena de convicción. Ese ojo centelleante y compasivo que á todas partes mira, que todo lo vé y penetra, que visita todos los abismos, todas las soledades; que en el naufragio se presenta bajo la forma de una tabla y salva la vida á el perdido y abandonado marinero; á esta tabla le llamamos milagro. En la soledad y en el desierto se presenta á Pablo hambriento y estenuado en la forma de un cuervo con un pan en las garras para que sácie el hambre: á este pan y á este cuervo llamamos Providencia. Fiad pues en Dios que es esa Providencia que no le falta á nadie. Yo que he sido hoy para Vd. y para su hijo ese cuervo y esa tabla de salvación por voluntad divina, continuaré siendo su Providencia puesto que el Señor así lo quiere. Su hijo de Vd. lo será mío desde el momento que usted falte.

—¡Dios se lo pagará á V! dijo la agradecida moribunda con un tono que parecía inspirado y profético. ¡Dios se lo pagará á V! repitió con un acento que parecía una afirmación.... Ya muero resignada y magnánima con el bien que V. me ha hecho.... Ahora, Dios mío, perdonadme como yo perdono á mis enemigos.... Y cruzando sus agarrotadas manos sobre el pecho, en

el cual oprimía la venerada estampa, clavó sus turbios ojos en el cielo.

Una rigidez tetánica se había apoderado de sus miembros, lasos y escuálidos pocos momentos antes. Una dulce y tranquila muerte puso fin á sus padecimientos.

Marta, llorosa y arrodillada, rezó fervorosa la oración del *Credo*, y cerró aquellos ojos que no se volverían á abrir más, y aquella boca que enmudecía para siempre.

Sus piadosos deberes no se habían cumplido aun. La misericordia cristiana exigía algún otro penoso sacrificio; y abismada de dolor, aunque serena y activa, dijo:

Comprendo que la misión que el cielo me ha encargado en esta triste noche no está cumplida. He llorado al muerto, y ahora debo sonreír al vivo.

La madre adoptiva acurrucó en su seno al tierno y desgraciado anjelito, abrigándolo del frío. Lo lavó de nuevo vistiéndole una camisita de algodón, unos pañales de Brin, y unas mantillas de bayeta que cercenó del pequeño equipaje de su hijo Ramon; todo caliente, todo perfumado con el agradable humo de la raíz de albor y delpinillo de aquellos prados. Lo depositó en la pequeña y tosca cuna que su madre le tenía preparada, cubriéndolo con toda la ropilla que hubo á la mano. Hecho esto, lo recomendó á la vigilancia de José María, que sentado sobre aquella cuna y aquel camastro, parecía un anjel custodio, velando por la suerte de otros dos ángeles.

Marta se entró en el cuarto mortuario á terminar su caritativa obra, rezando y velando toda la noche arrodillada entre una cuna y un sepulcro.

Su compasiva y santa misión era cumplida. Lloraba al muerto y sonreía al vivo.

LOS ENCANTAMENTOS.

(Costumbres, tradiciones y leyendas populares de Galicia.)

III.

Norberto, el hijo de la pobre anciana, dió en salir con frecuencia de su hogar allá en las altas horas de la noche, dejando á la autora de sus días en un estado de tristeza y desconsuelo que es difícil expresar.

Como siempre, ni los ruegos, ni las súplicas más tiernas podían vencer su profundo silencio, respecto de aquella extraña inquietud que le dominaba.

Las jentes vieron algunas veces, al regresar del molino, por un sendero que hay á espaldas de la aldea, y cerca de un peñasco que se eleva á unos cuarenta piés sobre el nivel del río; vieron, pues, que nuestro joven permanecía sentado sobre una especie de meseta que forma dicha roca, en actitud meditabunda y triste, apoyada la barba en ambas manos y como preocupado con profundas ideas.

Por supuesto, que durante aquella noche debió alum-

brar la luna con claridad *desusada*; puesto que así era preciso para distinguir ó determinar la espresion del semblante de Norberto.

Nosotros, por nuestra parte, lo suponemos así.

Mas como la vieja no se detuvo en esta pequeñez, creemos de todo punto inútil averiguar si aquella noche era ó dejaba de ser noche de luna.

Volvamos al asunto.

IV.

Dicen y afirman, como verdad que no tiene vuelta, ni escape, ni cosa que la contradiga, que en el seno de aquella roca existe un profundo subterráneo, cuya entrada se ignora, muy á pesar de los curiosos que mas de una vez pretendieron dár en el quid de su misterio.

Aquella cueva, este subterráneo de que hablamos, y sobre el cual se forman multitud de conjeturas, á cual mas peregrina, supónese que es un *palacio encantado*, cuya memoria guardan *viejos pergaminos* archivados en la parroquia, pero que se extraviaron allá por los tiempos en que *el francés vino á España* y cometió tantos atropellos y desmanes.

Habitaba dicho palacio una beldad, una *mora joven-cita* y blanca como el armiño, de una hermosura y gracia verdaderamente celestiales.

Hace siglos que vivia en aquella aldea; se entiende: «en una *populosa ciudad*, llena de hermosos palacios, de suntuosas mezquitas, de ricos y amenos jardines,» y de otras cosas más con que los hijos de Mahoma convertian en un *Edem anticipado* el tránsito de la vida.

Dicha jóven, de la cual se hacen hoy retratos divinos, era la hija de un califa, ó no sabemos qué potestad musulmana, muerto, segun cuentan, á manos de un asesino admirador de su divina hija la sultana.

Este asesino, cuyo crimen fué ignorado de todo el mundo,—sin embargo de que hoy lo refieren,—era un poderoso encantador, del cual los secretos cabalísticos le hacian ser considerado, y aún temido en la ciudad del profeta.

Enamoróse perdidamente de la tierna Zoraya, que así se debió llamar, segun los datos mas fehacientes la sin par candorosa palomilla del malogrado califa.

Pero Zoraya, que tenia cerrado el capullo de su alma á los alhagos del amor, y que por otra parte no gustaba de la figura del encantador, repugnó sus galanteos de la manera mas clara y terminante.

¡Pobre y desventurada niña, que ignoraba las consecuencias fatales que debia traerle su desvío!

V.

Pues señor, y como decimos, Zoraya desairó al encantador Ali, y Ali, por consiguiente, como buen enamorado, no dejó á sol ni á sombra á la triste Zoraya.

Ruegos, protestas y amenazas, insistencia por parte de Ali, desagrado y aun aborrecimiento por parte de su tierna pretendida.

Hubo de todo, como suele haber en un laboratorio químico, vulgo-botica.

Pero nada, absolutamente nada pudo conseguir el fiero encantador.

Zoraya no amaba, no conocia lo que significan las tragedias del amor, sin embargo de adivinarlas con ese sentimiento instintivo de los corazones frescos y nó gastados por los desengaños y pesares de la vida.

VI.

De la noche á la mañana, y sin saberse cómo ni de qué manera, desapareció de su palacio, para no tornar á él, la bellísima y codiciada hija del malogrado califa.

Con ella desapareció tambien el encantador, dando motivo este suceso á millares de conjeturas, de las cuales se ocuparon uno, dos y mas dias; pero como acontece siempre con todas las cosas de este pícaro mundo, pasada una fecha razonable, ninguno se acordó del asunto, ni de Ali, ni de Zoraya.

Segun las tradiciones, segun lo que hoy cuentan, esta desventurada jóven, esta bella sultana, que á través de los siglos conservó su frescura y sus incomparables gracias, vivia dentro de aquella roca, en un suntuoso palacio, de cuya riqueza magestuosa no es posible hacer ponderacion sin quedarse uno manco.

Vamos ahora, lectores, á deciros por qué razon ó motivo dió el triste Norberto en frecuentar el paraje conocido con el nombre de la *Cueva de los Encantos*.

VII.

Era una noche de luna, en que las galas de la primavera se destacaban y adquirian mayor brillo y mas dulces encantos al mágico resplandor del astro de los amores.

Sobre aquel rio que serpenteaba brotando al pié de la misteriosa cueva, jugueteaban los céfiros blandos con los rizos de espuma caprichosa, en sus raras ondulaciones.

Norberto contemplaba con distraidos ojos aquel bello panorama de la sencilla y dormida naturaleza.

Parecia estar preocupado con estraños pensamientos.

Y cualquiera que le hubiese contemplado en tal apos-tura, creeria, desde luego, que alguna cosa esperaba en aquel sitio y hora.

Efectivamente, un suceso extraordinario vino á sacarle de su meditacion.

Al pié de la roca, y sobre el mismo nivel del rio, abrióse un boquete singular, ó puerta, á través de la cual pudo verse el efecto de una luz parecida á la de la luna, pero mas diáfana y esplendorosa, sin duda, por lo que hoy nos cuentan.

Envuelta en flotantes pliegues de gasa blanca y trasparente, salió una mujer, ó ninfa, más bella y encantadora que las ondinas del mar, que pasan su vida bordando flores y encantadas imágenes en el limpio cristal do habitan enamoradas de su propia belleza.

Siguiendo la corriente del rio, y tocando apenas su blanca superficie, llegó por fin á la orilla, y vino á sentarse sobre el florido musgo, cuyos perfumes no osaron mezclarse con el ámbar delicado que exhalaba la carminea boca de la celeste beldad.

Sus ojos de querube, dulces como la sublime espresion del sentimiento ideal, bellos, con la belleza de los

amores castos, lánguidos como las caídas hojas de las tiernas acacias, pero apasionados y fijos, buscaron los ojos extasiados de Norberto.

Una relacion estraña, poderosa, íntima, intensa, se estableció en el cambio de aquella mirada, de aquel fluido magnético, que unió sus almas, que abrasó sus corazones, que confundió sus alientos en uno solo.

Algunos instantes bastaron para que Norberto, de hinojos ante la misteriosa dama, bebiese en la rosada boca de la ninfa impalpable cuantas delicias puede soñar la imaginación del mas tierno y fantástico de los poetas.

—«Ven, ídolo mio, mi libertador, ven á gozar en el Edem las delicias de una vida imperecedera.»

—«¡Oh Zoraya!...! Sultana de mi corazón!»

—«Sí, mi sultan, yo te amo con delirio; tú eres el único á quien se abren por primera vez las dormidas flores de mi corazón.»

—«¿Me amas, Zoraya, me amas?»

—«¡Oh! sí, mucho, mas que á mí misma, hermoso mancebo.»

—«¿Qué horas de felicidad nos depara el destino, el delicioso géneo de los amores!»

—«Dices bien; porque libre al fin de las asechanzas de ese encantador cruel, voy contigo al Edem de las dichas eternas, despues de tantos siglos que para mí trascurrieron entre dolores y lágrimas.»

—«¿Lloraste mucho, sultana?»

—«¡Ah! ¡lloré, sí, lloré muchísimo!»

—«¿Pobre amante mía!»

—«¿Ves ese rio, cuyo caudal serpentea á tus piés, siguiendo su dilatado curso, hasta perderse allá en la inmensidad de los mares?»

—«Sí, sultana, le veo con delicia... ¡Cuán hermoso y trasparente resbala!»

—«Pues á no ser por mis lágrimas no existiría ese rio cuya corriente admiras...»

—«¿Cómo!»

—«Son mis lágrimas de tantos años, el fruto de tan horribles penas.»

—«¿Cuán to has sufrido, sultana!»

—«Mucho; pero al fin me veo dichosa cerca de tí, recompensada con tu amor, despues de haber desvanecido el poderoso encantamento.»

—«¿Y cuándo emprenderemos, Zoraya, nuestro viaje?»

—«¿Ves cómo la aurora empieza á iluminar con sus variados colores el confin de ese cielo trasparente?»

—«Sí; ¡Cuán bello asoma para nosotros ese día de ventura!»

—«No te adormeece el soplo de las áuras matinales, que agitan el capullo de esas delicadas flores, y envueltas en sus perfumes, vienen á enredar con los negros cabellos de tu frente?»

—«Es verdad; son muy gratas para mí las brisas de tan feliz mañana.»

—«¿Y no embriagan tu espíritu esas armonías, jamás oídas por el misero mortal, y cuyos acordes llenan el espacio, bajando sobre nosotros desde la azul esfera?»

—«¿Qué acordes y adormecedoras vienen, Zoraya, á endulzar el corazón que así te adora!»

—«Pues bien, ídolo mio; llegó la hora de abandonar al mundo...»

En el Edem nos espera la felicidad.

Allí viviremos gozando sin alteración alguna...

En sus encantados jardines, al pié de sus arroyos de cristal, sobre alfombras de verde musgo y flores inmarcesibles, vive la sensible hada, protectora y amiga de los jóvenes enamorados.

Ven, que ya brota el día sobre el manto azul de Oriente, para dár algunas horas de luz, que morirán con los últimos albores de una efímera tarde...

En el Edem no veremos sombras, ni noches, ni nubes sobre sus limpios horizontes.

Ven, alma de mi alma, ven á gozar de sus eternas delicias.»

Así dijo la dama bella y misteriosa; y rodeando con sus brazos de nácar el cuello de Norberto, é imprimiendo en su boca un profundo y apasionado beso, alzáronse de súbito, y en alas de la dicha volaron al espacio, perdiéndose impalpables en la inmensidad.

VIII.

Muchas son las *historietas* de este género que en aquel país me relataban las gentes del campo, sobre todo, en el *San Martín*, época en la cual, al amor de la lumbre se deslizaban ligeras para mí las horas, amenizadas con innumerables consejas y cuentos á cual más inverosímil, pero fantásticos todos.

Acerca de Zoraya cada prógimo hace su adición, *enmendando la plana* al narrador que la repite; y esta diferencia que algunos hallan consiste en detallar ó concluir mas ó menos la historia de los personajes en acción.

Unos dicen que Norberto, á causa de ser cristiano apostólico-romano, fué desechado del Edem de Mahoma, dentro de cuyos encantados jardines, poblados de árboles de esmeralda, de frutas de oro, de rios de plata, y habitados por mujeres de sobrenatural belleza, no pueden entrarsino los *moros*, quedando, por esta razón, á la puerta los *intrusos*.

Otros se oponen á esta creencia, y sostienen que nó el enamorado Norberto, sino su madre, á quien él quiso llevar consigo á aquel delicioso paraje, vaga hoy en las altas horas de la noche por aquellos lugares, llorando aún á lágrima viva la pérdida de su hijo idolatrado.

Allá en la noche de San Juan, dicen, apenas dán las doce, se abre la roca del cuento citado, y una cohorte de géneos luminosos, de *bellas hadas de blanco* y trasparente ropaje, brota de súbito y se ciernen en los aires, revoloteando y sumergiéndose en el rio alternativamente, hasta que las diáfanas beldades se remontan al espacio en cuanto amanece, escondiéndose hasta el año siguiente en el disco de fuego de que viene rodeado el fúlgido carro del risueño Apolo.

Es decir, que con el día, desaparecen los seres vaporosos de la *Cueva de los encantos*; lo que acontece siempre con esta clase de gente, enemiga contumaz de la luz y del bullicio.

Lo mas maravilloso de todo esto es, que si algun curioso enamorado, hombre ó mujer, tiene el atrevimiento de ir en la media noche de San Juan á presenciar el milagro de la cueva, si se detiene y no aparta de allí los ojos *antes* de dár la última campanada, corre el peligro de quedarse encantado como los que allí dentro están.

Sin embargo, aquel á quien quepa esta suerte no lo pasará mal del todo, puesto que *de puertas* adentro de la tal roca, encuentra el recién llegado cuantos jardines, ríos, fuentes, palacios suntuosos y demás maravillas no es dado imaginar al hombre.

Aparte de la eterna *encerrona* que se sufre, y de la pena de no volver al mundo por siempre jamás, todo lo que allí hay, todo cuanto se goza dentro de aquel recinto, á nada es comparable, por mas que se pretenda buscar lo mas precioso de todo lo bello que atesora la tierra.

Debemos concluir este artículo disculpando tal candidez en las creencias de los campesinos de Galicia.

La naturaleza se presta espontánea á inspirar esta clase de delirios en la mente crédula y supersticiosa.

Si en el centro de una colina coronada de gigantes y frondosos árboles, cerca de uno de aquellos limpios ríos que fertilizan el suelo de Galicia y bajo un cielo azul y tranquilo fuese á vivir un solo día cualquier habitante de las poblaciones cultas, vulgo-civilizadas, un hijo del Manzanares, por ejemplo; si al declinar una tarde apacible retuviese y repasase en su memoria uno de esos peregrinos cuentos, ¿qué me respondería cuando en tono de duda le preguntase, señalando al fondo de un oscuro bosque:—«¿No distingue Vd. allí, sobre aquella fuente medio oculta, una *cosa blanca* que parece salir del agua y *debe ser*...? ¿Qué será, señor, qué será?...? «; mire Vd., mire Vd., que la distinguirá mejor!...»

Yo tambien he vivido en las grandes poblaciones, y acaso soy despreocupado como el que más; pero confieso que alguna vez senti cierta fruición inesplicable al oír una de estas cándidas interpelaciones.

Era que una naturaleza encantada me hablaba al alma de encantos y de misterios.

Esto me disculpará tal vez de la puerilidad que el lector crea hallar en mi sencilla narración.

M. VAZQUEZ TABOADA.

REVISTA DE MADRID.

El gran acontecimiento de esta quincena ha sido la aparición de un cometa de gran tamaño y con larga cola en las regiones etéreas. Lo que este cometa y su cabellera anunciaban queda reservado á las inteligencias astrológicas. Por nuestra parte despues de haber estudiado desde nuestro Observatorio del Prado la órbita y las ráfagas de aquel cuerpo celeste, nada hemos sacado en limpio, y es claro que nada podíamos ni debíamos sacar.

Por de pronto la conversacion exclusiva de los círculos, cuando no ha tenido por objeto la sublevación de Loja y la célebre retirada de los 10,000, tan renombrada yá como la de Jerjes, se ha entretenido con los catorce millones de leguas de la cabellera doble que ostentaba el desconocido cometa.

Y decimos desconocido, porque su nombre está en cuestión y unos le llaman *Cárlos V*, y otros le niegan este apellido, asegurando que no es el anunciado desde la aparición de *Donati*. Triste es verdaderamente que pase el buen cometa sin dejar trás de sí mas que un recuerdo vago, sin nombre, y que vaya á perderse entre las inmensísimas extensiones del vacío sin que los habitantes de la tierra hayan hecho otra cosa que formar conjeturas acerca de su procedencia; sin ha-

berse determinado su órbita, ni haber medido con la calculadora mirada astronómica su verdadera extensión, el volumen de su globo plateado, las manchas de su redonda superficie, etc., etc.

Esperemos, pues, á que vuelva el pretendido *Cárlos V*, si es que vuelve en nuestra vida, y atendamos á los acontecimientos de la tierra.

La reina salió, como anunciábamos en nuestra Revista anterior, á presentar á su nueva hija en el templo de la Virgen de Atocha. En la carrera formó la tropa, segun es costumbre, y bajó la corte por entre las dos filas de soldados, con el lujo y en el orden ceremonioso que se prescribe de antemano para tales casos.

Mucha gente, mucho calor, algunos cañonazos, y alguna desgracia propia del día, fueron los sucesos que acompañaron á la solemnidad de la tarde.

La reina y su hija siguen bien; tanto, que el 15 de este mismo mes saldrán con el resto de la augusta familia y la corte, con algunos ministros, para Santander, en dónde S. M. tomará los baños de mar.

En los pueblos intermedios en que la comitiva régia hará estancia, se hacen preparativos para recibirla.

Con motivo de esta partida, y unas por hallarse en Santander á presenciar los festejos con que aquella rica poblacion obsequiará á la reina y otras por no quedarse en Madrid, por no ser menos, en fin, van tomando las de Villadiego casi todas las familias *pudientes* de la antigua capital de dos mundos, hoy pintados.

Los ferro-carriles del Mediterráneo y de Zaragoza se llevan diariamente algunos millares de pasajeros, en cambio de unos pocos centenares que nos traen.

Lo sensible es que se vayan á las orillas de ambos mares, á los Pirineos y al otro lado de estos las niñas mas bonitas, las mas elegantes, las que mas encantos tienen para la capital. Y lo que es aun peor, que algunas, no pocas, de estas niñas no vuelvan ó vuelvan convertidas ó á punto de convertirse en *guapas* y honradas madres de familia.

Porque los baños, las delicias campestres y el alejamiento de la patria ablandan los corazones y disponen al amor. De alguna niña sabemos que tan luego como ha visto en marcha su equipaje se ha sentido poseída de una dulce esperanza de hallar esposo *aceptable* antes de que los *baules-mundos* y las maletas volvieran á Madrid.

Los principes rusos, los generales franceses, los banqueros de Albion y los *touristes* de todos los países se enamoran con harta frecuencia en las orillas del Rin, en las ascensiones del Monte Blanco, en Vichy, en Baden-Baden, en Spa ó al atravesar el canal de la Mancha.

Para probar hasta qué punto es esto verosímil, citaremos un caso ocurrido ya en este verano, hace pocos días, con una paisanita nuestra, de ojos negros como el porvenir del escritor, tez morena, pelo abundante, boca pequeña, dientes menudos, estatura y porte distinguidos, heredera de un título de Castilla, poseedora de cinco mil duros de renta, de treinta años de edad y vinda hace seis meses.

La muerte de su esposo, á quien amaba, mas por

sus virtudes que por su juventud y belleza, habían puesto á la viuda en el caso de ausentarse de España con objeto de mitigar su dolor. El difunto satisfacía en vida los menores caprichos de la mujer amada, desde el paseo matinal por los bosquecillos del Retiro hasta la costosa adquisicion de un magnífico *tren* para asistir á las carreras de caballos, ó pasar un dia de campo en su quinta á orillas del Henares.

Semejante pérdida exigía de la dama un viaje por el extranjero. Tenia una continua tristeza y creyendo que en parte alguna mejor que en la tierra del *spleen* podría curarse, llegó á Londres hará unos dos meses, acompañada de su mayordomo, hombre formal y grave, que raya en los setenta, digno en fin de representar junto á su hermosa señora el papel de guardador, y aun de ser su defensor, pues sirvió en la guardia real, y conserva los brios de cuando mandaba la mitad de una compañía de granaderos.

Hospedábanse la viuda y el mayordomo en una de las mejores fondas de Street-Square, ocupando una magnífica habitacion en el piso principal con sala y alcoba para la señora, gabinete para una doncella y un cuarto interior con alcoba para el teniente de la guardia retirado.

Nuestra paisana salía poco; pasaba los dias mirando á través de los cristales de su habitacion la bruma de la ciudad inmensa.

Una mañana los rayos del sol descoloridos y glaciales disiparon un poco la niebla, y la viudita alcanzó á ver los coches que rodaban por la calle, la multitud de gente que corría en todas direcciones y la casa que habia en frente de la fonda. Era una casa grande, pero contra la costumbre inglesa, no tenia jardín que precediera á su puerta de entrada. Detrás de las vidrieras de un balcon frente por frente del suyo, vió á un inglés que aprovechaba los oblicuos rayos solares para afeitarse. El inglés vió á la española y se cortó la cara.

Con media barba blanca y la otra media teñida de encarnado salió el tal á su balcon, dió un grito, en inglés por supuesto, y se entró.

No reparó nuestra paisana en los aspavientos de su vecino, pero tres dias despues el fondista pidió permiso á la viajera para mudar de camarero, pues el que antes servía la mesa de la hermosa española estaba enfermo de gravedad.

Aquel dia, habían cambiado la vajilla de la viuda. Los platos eran blancos con filetes de oro, y en el fondo del primero habia una inscripcion que decia en buen castellano: «Es Vd. muy hermosa.»

La dama echóse á reir de la leyenda y comió la sopa. Pero en el segundo plato halló estas palabras: «Es usted buena á mas de hermosa.» La viajera miró al mayordomo que estaba de pie á su lado; éste miró á la doncella que arreglaba las flores de un sombrero, y la doncella miró al nuevo camarero, que era un guapo chico y no apartaba la vista de la señora.

Sirvióse luego otro plato que decia: «Vale Vd. más que toda la Gran-Bretaña.» Y luego otro con esta frase: «¡Qué ojos!» y así á este tenor hasta el último, donde se leía: «¿Es Vd. libre?»

Aquellas estrañas galanterías impresionaron á la viuda. Preguntó al camarero en castellano, y éste solo contestó *yes*. Llamó al fondista, le interpeló acerca de la nueva vajilla, y el fondista no dijo mas sinó que le habia costado muy caro.

Al dia siguiente en el almuerzo nuevas inscripciones; pero todas iguales á la última de la comida anterior. «¿Es Vd. libre?» decían. La viuda se sonrió de esta insistencia de porcelana.

Llegó la hora de la comida; en todos los platos la misma pregunta. «¿Es Vd. libre?» Aun calló la viuda dos dias mas, pero al tercero hizo llamar al dueño de la fonda.

—Diga Vd., exclamó, al importuno que pregunta de este modo que no vuelva á molestar-me; que soy...

La frente del camarero que estaba presente se nubló.

—Soy libre y viuda, añadió nuestra paisana.

La frente del camarero se despejó.

El fondista se marchó encogiendo los hombros.

Al dia siguiente los platos hablaban de esta manera: «Soy joven.» «Soy rico.» «Soy noble.» «Adoro á usted.» «¿Quiere Vd. ser mi esposa?» «Iré á vivir á España ó donde Vd. desee.» «¿Quiere Vd. amarme por toda la vida?»

Quince dias estuvieron haciendo esta última pregunta los platos. Quince dias estuvo la viudita burlándose de aquel amante de piedra. Al cabo de ellos, en el plato de la sopa leyó la viajera: «Esta noche moriré por una ingrata,» y en el de uno de los postres: «Adios, señora.»

A las diez de aquella misma noche sonó una detonacion en la casa de enfrente, la misma en que se estaba afeitando el inglés que vió á nuestra paisana.

Una idea dolorosa cruzó por la imaginacion de la viuda. Llamó á su mayordomo; le hizo que tratase de averiguar qué habia pasado al otro lado de la calle.

El inglés estaba tranquilamente sentado en su butaca esperando al mayordomo. Habia disparado al aire un cachorrillo, seguro de hacer efecto en la imaginacion de la española. Dió las gracias y un magnífico reloj al teniente de la guardia y pidió permiso á la viuda para visitarla.

Cuando le vió la hermosa viajera reconoció al camarero de aquellos últimos dias.

Tan luego como el inglés sepa bien el español y la española el inglés, que será al cumplir el año de viudez de nuestra paisana, se celebrará la boda.

La vajilla amorosa servirá en el banquete nupcial.

Ahora bien: esto será una Revisra de Londres, pero ¿quién hace ya una REVISTA DE MADRID?

Por todo lo no firmado,

El secretario de la redaccion, MANUEL MURGUÍA.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de J. M. Rosés.

Magdalena, 38 principal.